



Dirección: Purpleknight
 Producción: Dreiver, Purpleknight,
 GES, Iris Mont, Alberto Minamoto,
 Silence.
 Diseño y Edición PDF: Estigia.
 Publicidad: Germaine.
 Distribución Online: Adan.

Nuevos Fics

Pentaphobia - “Prima: La carne de gallina”
 Por IrisMont

Contenido

El monte cristalino - “Luz”

Por Purpleknight

Pokémon: Te elijo a ti - “You”

Por Alberto Minamoto

Vampires & Zombies in Fearland - “Jardín de rosas”

Por Dreiver

Bleach Samsara - “Blackout Hundred Failures”

Por Silence

Fate/Inferno - “Night Art”

Por GES



Este mes descansan...

Star Wars: La saga de Darth Morgul

Por Kojiro Mibu

Fate/Excelsior

Por Vortex

Solamente para tus ojos

Por RonSnow

Pet Shop of Horrors

Por X.Nagriem

ÍNDICE

El monte cristalino “Luz”	03
Pokémon: Te elijo a ti “You”	14
Vampires & Zombies in Fearland - “Jardín de rosas”	23
Bleach Samsara - “Blackout Hundred Failures”	27
Fate/Inferno - “Night Art”	35
Pentaphobia - “Prima: La carne de gallina”	47

EL MONTE CRISTALINO

CAPÍTULO IV: LUZ

PARTE I

12 de Arelio, año 2762

Negro.

Lo primero que recuerdo es solo eso. Todo negro. Al rato, escuché un fuerte latido, como cuando uno pone la oreja sobre el pecho de una persona que acaba de hacer ejercicio. El sonido hacía retumbar mi cuerpo, o así lo sentí. Por más que trataba de ver, no podía. Mis ojos estuvieron cerrados durante un buen tiempo, o puede que estuviera ciego en el comienzo, no lo sé con certeza.

Sabía que estaba en un sueño. O lo que fuera eso. Últimamente tengo conciencia de ello. Desconozco la razón; solo sé que coincide con la marcha de mi hermano al bosque, a principios del año. Le dije que no se fuera, pero no me hizo caso. Por algún motivo, decidió fingir que había desaparecido, pidiéndome que no dijera nada a nadie hasta que no hubiera otra opción. Ahora está atrapado. Por suerte, no está solo. Puede hablarme. Como hoy sucedió. Si es que no era un sueño...

Tardé en verle. Cuando al fin recobré la vista, no veía formas concretas. Era como mirar uno de los cuadros abstractos que pintaba Pyrel, en los días que quería librarse de las ataduras que los retratos traían consigo. Formas indefinidas, colores mezclados, ruidos indescriptibles. Predominaba el naranja. Me recordó a aquella joven cazadora, Glena, por el color de su pelo tan anaranjado como la fruta misma. Inmediatamente, la vi delante de mí.

No me dijo nada. Me miró; mantuvo una mirada intensa, decidida, enfadada. No dijo nada, porque no hacía falta. Esos ojos se pueden traducir con las siguientes palabras: lo van a pagar caro. ¿Quiénes? ¿Por qué?

Se deshizo ante mí y me hallé caminando por una explanada desértica. Podía ver una torre a lo lejos. Sabía dónde estaba: en el desierto de Kandes. El calor era insoportable. En seguida noté una sed atroz que me hizo caer de rodillas; al tocar el suelo, el tormento me rodeó. Decenas de personas, algunas conocidas, otras no, iban arrastrándose alrededor de mí, dirigiéndose hacia la misma dirección, la contraria adonde se situaba el sol. La luz solar era potente y penetrante, abrasando sus ropas y cuerpos, frenando su inútil escapada. Al rato, no quedaban más que figuras deshaciéndose, con la sangre evaporándose a través de los poros de

la piel, una piel que se carbonizaba a una velocidad infernal. Así hasta no ser más que tierra. No creo que pueda borrar esta imagen de mi mente por un buen tiempo.

Miré hacia el cielo abierto, suplicando por misericordia. El sol tendía allá en lo alto, imponente y radiante como nunca, quemándome la piel y convirtiéndola en ceniza. Pronto me convertiré en uno de ellos, recuerdo haber pensado. Grité de desesperación, aunque no de dolor.

Al gritar, cuatro lunas ascendieron del horizonte y taparon el sol, girando en espiral y aproximándose hasta mi posición. Recuperándome del sofoco, pude distinguir los colores: amarillo limón, verde menta, marrón café y rojo cereza. Las lunas se deformaron, esculpiéndose como figuras humanas perfectas, demasiado perfectas para mi comprensión humana. Miré con atención y pude apreciar que las figuras amarilla y marrón eran hombres; las verde y roja, mujeres. Amarillo, verde, marrón, roja. Hombre, mujer, hombre, mujer. Izquierda a derecha. Así se dispusieron. Hablaron.

- Tenos.*
- Mindalas.*
- Xsior.*
- Lianmateras.*

Nombres de dioses. Las mismas divinidades se presentaron ante un simple ser humano como yo. El principio, el centro y el fin. ¿Era esa la lógica? Tenos, también conocido como el Titán de Oro, marca el inicio del año, siendo la primera luna del mismo, y simboliza la vida, la prosperidad; Mindalas y Xsior son como un solo ser, símbolos del cambio de la vida a la muerte, ni lo uno ni lo otro, y conformando la quinta y sexta luna del año; Lianmateras, última luna del año, símbolo de la muerte y decadencia. Tenos es el dios que abraza la existencia. Lianmateras, la diosa que la aborrece. Ambos dioses mayores, teniendo autoridad sobre Mindalas, Xsior y el resto de los dioses. Ese es el conocimiento que tenemos todos, dejando a un lado nuestras creencias. O la falta de ellas, como un servidor, a diferencia de mi hermano. Entonces, refutaron mi conocimiento; primero Lianmateras, luego Tenos, y finalmente Mindalas junto a Xsior, al unísono.

- Yo acabé con la muerte para que la vida diera comienzo.*
- Yo me alimenté de la vida para ser primero y sobre todo ser.*
- Nosotros reinamos sobre ellos y decidimos el tiempo de cada uno.*

No existía palabra alguna que pudiera pronunciar en ese momento. Actué como que comprendí todo, palabra por palabra, letra por letra, por más que permaneciera yo ignorante de su sabiduría. Mindalas y Xsior volvieron a hablar, conociendo mis pensamientos.

—Hoy no existimos. Solo hay vida y muerte. Principio y fin. Tenos y Lianmateras. Sin control, sin cambio, sin ciclos. Los dos, siempre. La Humanidad y la Eternidad decidieron enemistarse, y los lazos divinos fueron rotos por el corazón frágil. Esto te decimos, como testimonio de que uno prevalecerá sobre el otro, hasta que el filo del Descendiente sea blandido. Aquel de tu misma sangre ya ha sido enviado y cumplirá con su propósito. Tú, en cambio, no escuchaste su consejo y dejaste ir a los Cuatro Protectores. Por ello, serás testigo de caos en tu morada, un caos que no podrás controlar y que estallará desde dentro. Eráis Mindalas y Xsior; ahora todo el peso recae sobre él. Hoy no existimos.

Aquellas palabras me petrificaron. No podía replicar. Tenían razón. No cumplí con mi cometido, pensando que mi hermano exageraba y que lo que decía no eran más que habladurías, imaginaciones suyas.

¿Me habré equivocado? ¿Cómo iba a saber yo? ¿Cómo iba a saberlo, Drent, si te equivocaste en todo exceptuando a Pyrel? Eso pensé, y eso te pregunté cuando te vi.

En algún momento del sueño, o visión, no sé cuándo exactamente, cambió todo. Ya no estaba en el desierto. Los dioses desaparecieron de mi vista. En su lugar...

—¿Mi señor?

La voz de Aklan, su sirviente, hizo sobresaltar al conde, concentrado en escribir palabra por palabra lo que recordaba de anoche. Cuando tenía visiones o sueños muy vívidos, se sentaba de inmediato para plasmarlo todo en sus pergaminos, evitando así que se olvidase de detalles que consideraba importantes. Se había metido tanto en la labor que no pudo escuchar a su criado tocar la puerta, abrirla, preguntarle y caminar hacia él. Se alegró de que no se tratase un asesino.

—Perdona, Aklan. No te había escuchado.

—No es necesario que se disculpe, señor. En esta mañana hay mucho viento, la lluvia es intensa y los truenos ensordecedores. Entiendo que no pudiera escucharme entrar.

—¿Traes alguna noticia? —el conde se levantó de su silla, acercándose a su sirviente.

—Solo quería decirle que está todo a punto para recibir al consejo y a los demás invitados.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Mejor ser precavidos y hacer las cosas con tiempo, como usted siempre dice. Hemos dispuesto unas cuantas piezas de ropa, para que los invitados se puedan cambiar al llegar aquí; organizado una habitación para secar sus vestimentas; arreglado un salón para que puedan descansar, hasta que pase la lluvia fuerte; y preparado una sopa para todos. Me aseguraré de que se mantenga caliente.

—Pensaste en todo, como siempre —sonrió apenas—. Muchas gracias. Puedes retirarte.

—No hay de qué —no preguntó sobre su expresión. Como criado, no le incumbía—. Le comunicaré cuando llegue Orstyn.

—No. En cuanto llegue, dile que se espere. Cuando estén El Detective y La Secretaria con él, mándalos al lugar de reunión. Yo ya estaré ahí para entonces.

—Como usted mande.

—Puede retirarse.

Jakobias esperó a que Aklan abandonara su habitación para moverse. No se había dado cuenta de que sus dientes castañeteaban. Notó que su cuerpo aún estaba un tanto adormecido, pues era temprano y se había ido a dormir muy tarde. Sentarse a escribir justo después de despertarse no favorecía la circulación de la sangre, por lo que se masajeó y estiró sus brazos y piernas. Observó a través del cristal de la ventana, que vibraba por el fuerte viento.

La oscuridad se había cernido sobre Marovir. Ese era el amanecer que les esperaba a todos. Nubes cargadas de gotas de lluvia que las expulsaban como si de la cólera de los dioses se

tratase. Relámpagos que hacían saltar el corazón, estallando tan fuerte que pareciera que los truenos surgieran de dentro de uno mismo.

Rápido, he de escribir, pensó. Dio tres zancadas hasta su silla y se sentó ante su escritorio, mojando la pluma de escribir y acercando un poco más la única iluminación que tenía la habitación: una pequeña vela. Antes de reanudar, releyó lo que había transcrito, para asegurarse de no haberse dejado nada. Entonces, prosiguió.

En su lugar, volví a ese templo. Sí, otra vez. Ya fui cuando mi hermano me habló sobre Pyrel y su muerte. Tal y como pasó aquella vez, no me podía mover. La cabeza, los brazos, las piernas, nada. Me encontraba otra vez dentro del cuerpo de mi hermano. Le hablé, llamándole por su nombre. No me escuchó.

Siguió caminando, atravesando un vestíbulo rodeado de estatuas. El lugar emanaba un color añil, por los cristales que cubrían los suelos y las paredes. ¿Lapislázuli o zafiro? No sé que hablaba mi hermano, pero pareciera que dijera palabras en otro idioma. Inspeccionó las estatuas, una a una, y pude ver que eran las mismas que habían en el templo de Marovir. Me fijé que se plantó delante de Kabor, que es la cuarta luna del año, el dios del fuego y de la purificación. Dijo:

—Este es.

—¿El qué es? —pregunté.

—¿Hermano? ¿Ves lo que veo?

—Sí, otra vez. ¿Me oyes ahora?

—Sí, te oigo. Algo me dice que, a pesar de todo, sigues siendo igual de incrédulo.

—Ya no. Por lo menos, ahora no debería.

—¿Algún motivo?

—Creo que he traído una maldición sobre Marovir. Por no escucharte.

—No me digas que...

—Sí. Los dejé ir. No quise imponer mi voluntad sobre la de ellos, y más cuando realmente necesito a Iolta de vuelta. Es imperativo. ¿Cómo iba a saberlo, Drent?

—¿Y por qué no ibas a saberlo? Al final Pyrel murió y apareció cuando te dije, ¿no?

—Sí, pero, ¿qué hay de la muerte de Rykalas? Poca gente lo conoce bien, pero tú sí y me lo describiste a la perfección. Dejé que todo fuera según su propio curso y no murió él, sino otra persona.

—Eso es imposible.

—Murió Tirei.

—¿El de la biblioteca? Maldita sea. Habré oído mal.

—¿Oír mal el qué? No paras de decirme eso, que oyes muchas cosas, día sí, día también. ¿Quién te dice todo eso?

—Todos. Pero ahora no es tiempo de eso. Debes despertarte. Has de hacer lo que puedas de tu parte, y yo he de ir a encontrarme con ellos. Esto retrasará el cumplimiento de mi misión.

—¿Con quiénes?

—A los que tú dejaste ir. Ahora entiendo que son ellos los que han caído en las catacumbas del monte y llevo buscándolos desde anoche.

Me desperté. Odié haberme despertado, pues aún tenía muchas preguntas. Otra noche me dijo que la siguiente tormenta iba a venir del este. Han pasado dos desde entonces, ambas del sur. También me aseguró que habitantes de Vatrix iban a atacar Marovir a finales de la

segunda luna, en Dylie, y principios de Arelio. Eso no ha sucedido. ¿Qué es lo que ves, Drent? ¿Qué es lo que escuchas?

Hermano, ¿quiénes o qué somos?

Fin del sueño

PARTE II

De súbito, Barkeon abrió los ojos. Estaba desorientado. Le costó darse cuenta de que se encontraba boca abajo, estando extendido sobre un suelo rocoso. Antes de hacer nada, miró a su alrededor. No lograba ubicarse. Le parecía estar en una caverna para nada iluminada, salvo por una luz violeta que provenía de lo que debía ser la salida de la misma. Trató de recordar cómo había llegado ahí. Hace unos instantes cabalgaba junto con sus tres amigos, en dirección a Alenei. Había escuchado a Zhaer y Gienn hablar sobre un águila, pero no había hecho mucho caso. De sopetón, la tierra se abrió y cayeron todos al vacío.

Tras un segundo, o eso le pareció a él, ahí estaba, tirado en el suelo. Solo. Barkeon no se lo creía.

—¿Kait? ¿Zhaer? ¿Gienn?

Cuando vio que nadie respondía, intentó levantarse cuando varios pinchazos sobre el costado izquierdo le obligaron a encogerse, sintiendo un dolor punzante. Tanteó con sus manos, notando que su armadura se había abollado, pero no lograba encontrar nada que se le hubiera clavado. Trató de incorporarse otra vez, con más cuidado y poco a poco. Logró ponerse de pie, no sin notar dificultades en mantenerse así, pues también le dolía la cadera. Al dar un paso, soltó un quejido; sufrió un calambre en la planta del pie izquierdo, lo que le obligó a apoyarse en la pared que tenía al lado. Al menos ya sabía dónde había pared.

En seguida pensó en su espada, su rodela. No los tenía a mano. Comprobó su daga, ahí estaba aún. Sin embargo, había perdido una de las espadas cortas que colgaban bajo su espalda, mientras que la otra estaba a punto de salirse. Se la recolocó, preguntándose dónde podría haber caído la que le faltaba. Alejándose de la pared, pero al tanto de ella y de la luz que veía en la salida, fue tocando el suelo a ciegas, con la esperanza de recuperar el resto de su armamento. En la tierra había pequeñas piedras y rocas puntiagudas sobre la cual sería una tremenda molestia caminar, de no ser por llevar aquellas botas con suela gruesa. Agradeció tenerlas. Agradeció a Kait. Siguió buscando, no sin gruñir por el dolor que sentía, hasta toparse contra la otra espada corta. Rota. A su lado, la espada grande.

—Al menos recuperé a mi gran amiga. Me pregunto a dónde habrá ido a parar mi rodela. No veo nad...

Un ruido metálico estalló en la dirección de la luz. Por acto reflejo, Barkeon levantó la espada, poniéndose en guardia y a la espera de que la persona o cosa saliera al descubierto. No se produjo ni un ruido más por un buen rato.

—¿Alguien ahí?

Con un estruendo que hizo vibrar el suelo bajo suyo, un objeto apareció rodando desde el fondo de la luz violeta, hasta pararse por un lado del túnel de salida. Era su rodela. Barkeon no se fiaba. Se acercó, cauto, escuchando cualquier ruido que estuviera fuera de lugar. Percibía un rumor que crecía y decrecía, como el respirar de una persona. Su corazón empezó a latir con rapidez y fuerza. Respiró hondo y se calmó. Ahora no era momento de perder la compostura. Aproximándose a la luz, agarró su rodela firmemente y se dispuso a caminar hacia ella. No sabía lo que le depararía; pasara lo que pasara, necesitaba encontrar a los demás.

Cuando atravesó la luz, se encontró en un sitio gigantesco, lleno de cristales de diferentes tonalidades, desde lilas claros hasta morados oscuros. Le costó por un momento, pero al rato entendió en qué tipo de lugar estaba: unas catacumbas. Como si se tratase de una población subterránea, las escaleras que había delante de él llevaban a una serie de pasadizos y cámaras laberínticas que, a juzgar de lo que veía a través de sus ojos, estaban totalmente abandonadas. No veía ni un alma. Contra todo pronóstico, una voz a sus espaldas le habló.

—¡Eres tú!

Barkeon se dio la vuelta, protegiéndose con la rodela; algo que duró poco, pues un pinchazo en el costado hizo de las suyas y le hizo bajarla, casi arrodillándose.

—Con calma, joven Protector. No hagas movimientos bruscos... que tengo que confirmar si eres tú o no.

Una figura sombría apareció por donde había salido Barkeon, riéndose de un modo estrambótico, como si tuviera varias voces. El cazatesoros levantó otra vez el escudo, aguantando el dolor.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¿Quién soy? —hizo una pausa larga. Dio unos pasos, revelándose al completo—. Esto soy.

Barkeon se quedó sin aliento. Esperaba ver un humano normal y corriente. En vez de eso, halló un ser parecido a un hombre, con piel gris, unos labios ennegrecidos, ojos lapislázuli y unos grandes cuernos que rivalizaban a los de un toro. Nunca había visto algo semejante en sus treinta y dos años. Cuando la criatura dio un par de pasos más, el cazatesoros reaccionó al fin.

—¡No te acerques! ¿Qué eres tú?

—¿Qué qué soy? —rebufó—. ¿Ya no me consideras persona, sino una cosa? Muy maleducado de tu parte. Mejor te como ya, que tengo hambre y veo que no quieres hablar.

—¡Ni un paso más!

—Como usted quiera, joven Protector —se cruzó de brazos—. Esperaré aquí y moriré de hambruna. Que sepas que será tu culpa.

—¿Por qué me llamas joven Protector?

—¿Y por qué no?

—Hablo en serio.

—¡Pues baja el arma!

Como si la gravedad hubiera aumentado de repente en sus brazos, tanto la espada como la rodela cayeron al suelo, inamovibles. Barkeon perdió el equilibrio, derrumbándose hacia atrás y bajando varios escalones. El dolor en su cuerpo aumentaba y a duras penas pudo agarrarse a una roca al lado de las escaleras. La criatura se quedó quieta, hablando en gritos.

—¡Te hemos visto, joven Protector! ¡Tiempo atrás! ¡Fuiste anunciado por el Descendiente, la Tejedora, la Señora de la Noche y el Renegado! Y aquí estás ahora, en la casa de mi dueña, la misma Tejedora. ¿Cómo vas a cumplir ahora con tu propósito, ahora que estás en sus garras? Mucha gente se ha adentrado en el bosque, ignorante de la voluntad de la gran Dama Eile Vanderye y del legítimo Rey Jethro Quoris, sirviendo para sus fines y empoderándolos a cada día que pasa. ¡Y tú vas a ser una víctima más! ¡Serás como yo, como nosotros, un Atormentado más!

—¡Corre! —gritó otra voz.

Un destello blanco fue disparado hacia aquella figura, clavándose en su torso y expandiéndose por todo su cuerpo, hasta engullirlo y hacerlo explotar. Por ello, la espada y la rodela salieron disparadas en dirección a Barkeon, que apenas pudo esquivar. Se mantuvo quieto. No quería moverse hasta entender que acababa de pasar.

—¿Qué haces, Protector? ¡Tómalas y corre! ¡Ve hacia las catacumbas!

No sabía de dónde venía aquella voz, pero de seguro era más amigable que la de aquella criatura. Se levantó como pudo, batallando con las heridas, recuperó su armamento y se adentró en las claustrofóbicas catacumbas. Nada más puso un pie en ellas, el suelo tembló, llevándole hacia una pared que se deshizo con el contacto. Los ladrillos le golpearon y empujaron hasta los adentros de una habitación. El aire era frío, congelador. Se sacudió la cabeza, volviendo en sí y se fijó en dónde estaba.

Era una cripta. Podía ver varios ataúdes incrustados en las paredes y sobresaliendo del suelo, con inscripciones escritas en un idioma desconocido. Alzó la vista y pudo ver un par más ahí.

—En nombre de todos los dioses, si es que estáis aquí, ¿qué es este lugar?

Poco a poco iba asimilando lo que había visto hasta ahora. *¿Un hombre con cuernos? ¿Un poder quitándome lo que tengo en las manos? ¿Una luz haciéndole explotar? ¿Una voz diciéndome que corra? Debo estar en una pesadilla. Esto no puede ser real. O eso, o me he dado un tremendo golpe y estoy alucinando.*

—¡Mira ese joven Protector, cavilando sobre si se está volviendo loco o no! —dijo una voz femenina—. Cavilando. Es buena palabra, ¿no?

—Siempre hablas muy bien, mi chiquilla —habló otra voz semejante—. ¿Le convertimos en alguien demente?

—¡Buena idea!

Antes de que Barkeon pudiera hacer nada, los ataúdes del techo se abrieron, dejando caer un montón de entrañas y extremidades de todo tipo de animales mamíferos, bañándole en ellos. Acto seguido, de ahí surgieron otras dos figuras cornudas, con apariencia de mujeres, inclinándose hacia él con las bocas bien abiertas, mostrando sus dientes afilados. El

cazatesoros no se dejó intimidar, al menos no lo suficiente como para impedir que blandiera su arma y cortara sus cabezas en dos cortes.

—¡Corre a tu derecha, ahora!

Era la misma voz que le había hablado antes. A su derecha había otra pared, sin vista a una salida. Aun así, le hizo caso. Corrió hacia ella, escudo en alto, y, a poca distancia de chocarse contra la misma, esta desapareció y reveló un pasillo largo que parecía no tener fin.

—¿Dónde estás? —preguntó Barkeon—. ¿Tengo que seguir adelante?

—¡Sí, y rápido! ¡Ya pronto nos encontraremos los tres!

—¿Los tres?

Detrás de él, las paredes estallaron a causa de dos gigantescas criaturas cristalinas que parecían sacadas de unos libros de fantasía. No tenían una forma bien definida, poseyendo varias extremidades que usaban para desplazarse tanto por el suelo, como por las paredes y el techo. Se abalanzaron contra Barkeon con una velocidad que desafiaba su tamaño, dispuestos a arrasarlo todo a su paso. El cazatesoros trató de esprintar con todas sus fuerzas; no obstante, debido al baño de entrañas que había recibido anteriormente, se resbaló por la sangre que había pisado con las botas y se vino abajo, deslizándose unos pocos metros. Los colosos de cristal le alcanzaron y se plantaron encima de él, a punto de asestarle el golpe de gracia con un coscorrón contundente. Esperando que fuera suficiente, Barkeon alzó su rodela a tiempo.

Habiendo perdido momentáneamente el conocimiento, lo siguiente que sabía era que había atravesado el suelo, aterrizando en otra cámara. Por alguna extraña razón que Barkeon no entendía, los colosos no se dignaron a seguirle para rematarlo. Pasaron de largo. Decidió quedarse quieto, tirado en el suelo, recobrando el aliento. Se fijó en que su rodela se había abollado bastante. Maldiciendo, la tiró a su lado, gesto que le hizo ver que tenía el brazo izquierdo roto. O al menos algún hueso roto.

—¿Y ahora qué, noble? —preguntó una voz masculina desconocida—. Porque eso es lo que eres en realidad, ¿no? Un noble, no un puto nómada de mierda. Sí, lo veo en tus recuerdos... no te gustaba lo que había allá, ni lo que hacían tus familiares para ganarse el estatus, ¿eh?

—¡Calla! —gritó Barkeon, hartándose—. ¡Ya basta! ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí?

—Lo que queremos es jugar contigo. Bueno, no. Eso no es lo que realmente queremos, pero nos gusta jugar. Por algo somos los Atormentados, ¿no? —rió de un modo ruidoso—. Lo que sí deseamos es que estés muy lejos del Descendiente.

—El Descendiente, el Protector... no entiendo nada.

—Oh, no te preocupes. Estás en el lugar adecuado. Déjame encenderte una luz, para que veas.

Ante sus pies se encendió una antorcha que iluminó un muro. A pesar de estar molesto por los juegos de aquellas criaturas, se reincorporó y, arrastrando su espadón por el suelo, llegó hasta el muro y se apoyó en él.

—Agarra la antorcha y date un paseo por el muro.

—Estoy hasta las narices de vosotros. Matadme ya. Lo vais a hacer de todos modos, ¿no?

—¡Claro! ¡Si te vamos a comer vivo! Pero prefiero comerme un hombre sabio a un hombre ignorante. Saben mejor y me dan más poder.

Asqueado por las palabras de aquella criatura, a quien aún no había logrado ubicar, dejó la espada apoyada en el muro, tomó la antorcha y comenzó a pasearse. Inicialmente no vio nada; siguió dando pasos y pudo apreciar unas pintadas. Era difícil distinguir los dibujos. Se tomó su tiempo para descubrir lo que había en el muro, hasta ver un hacha. Inmediatamente pensó en alguien.

—Xoei...

Su sospecha se confirmó al fijarse en quién blandía el hacha: un hombre con vestimenta de nómadas, con cabellos largos ennegrecidos y teniendo sobre sus brazos parte de las cicatrices insignias de su amigo perdido. Tratando de ver más, levantó la antorcha y pudo ver a cuatro figuras semejantes a las de la criatura que se encontró en las escaleras y a las que salieron de los ataúdes. Dos hombres, dos mujeres. Estaban saliendo de su propia cabeza. Detrás de él, se podían ver también a otros dos hombres y dos mujeres. No tardó en darse cuenta de que era Kait, Zhaer, Gienn y él mismo. Delante de quien parecía ser Xoei, había una manada de animales distintos, uno por cada especie. Los que más destacaban eran tres, los más grandes, no por tamaños en la vida real sino porque así fueron dibujados. Un águila, un cuervo, un tigre escamado. Quiso mirar más; sin embargo, la antorcha se apagó.

—¡Eso sí que no! Qué atrevido eres. Solo nosotros podemos ver todo el dibujo. Aunque tal vez debería borrarlo, ¿no? ¿Tú qué crees?

—Sí, tú hazlo —le contestó una voz ronca—. Nosotros comenzaremos con el banquete, mientras te entretienes siendo nuestro conserje. Te dejaremos el fémur.

Un temblor le hizo suponer a Barkeon que el dibujo ya había desaparecido. Se volteó, estando en alerta. Podía escuchar a alguien acercándose. No, no alguien... muchos. Demasiados. Y no veía salida. Del agujero que se creó por el golpe del coloso de cristal, surgieron muchas criaturas cornudas que bajaban hasta el suelo, mientras otras trepaban por el techo. Sus ojos brillaban con un azul intenso, mostrando sus perversas intenciones de comérselo vivo. Y así aparecían, unos diez, otros diez, una docena más. En cuestión de segundos, estaba rodeado por todos los lados. Aunque sabía que era en vano, especialmente por su brazo roto, fue adonde había dejado su espada y la levantó, dispuesta a clavarla a quien fuera que intentase tocarle.

—¿Dulce o salado?

—¿Amargo o ácido?

—¿Jugoso o seco?

—¿Qué tal sabrá su páncreas?

—¿O su estómago?

—¡El cerebro!

—¡El corazón!

—Su... alma.

Barkeon estaba congelado. Sus brazos no se movían. Sus piernas no respondían. Impotente, las criaturas le habían alcanzado. Uno le tocó el hombro derecho. Notó que su mano atravesaba la piel, los músculos, el hueso. Habló.

—¿Me dejarás usar tu pulmón para respirar?

Unas líneas de luz blanca salieron de los muros, moviéndose lentamente y tocando a algunas de aquellas criaturas. Con el simple contacto, la que le tocó el hombro, así como muchas otras, gritaron, agonizando por las quemaduras que se produjeron sobre su piel. El resto comenzó a retirarse, temiendo que los halos de luz les alcanzasen. Finalmente, cuando más líneas invadieron todo el lugar, el perverso ser que trataba de jugar con Barkeon habló otra vez.

—¡Mierda! ¡Retirada! ¡El Caballero de la Luz está aquí!

En un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron todos, como si nunca hubieran estado ahí. Barkeon bajó la espada, volviendo en sí. Se dio cuenta de que temblaba, sudaba y que estaba muy cansado. Se dejó caer, lo cual fue mala idea, pues el dolor en la cadera y en el costado regresó, pero ya no le importaba; por ahora, estaba a salvo. Gracias a ti, Caballero de la Luz, pensó Barkeon. *Supongo que has sido tú.*

Las líneas de luz se juntaron y fueron a parar a una parte del muro, al lado contrario de donde estaba descansando el cazatesoros. El trozo se fundió, abriendo paso a dos personas que entraron con ímpetu. El primero de ellos era fácil de identificar, pues era un portento físico considerable, con una armadura plateada y que emanaba una luz blanca. A su lado, iluminada por esa luz, se podía distinguir una joven. Estaba seguro de saber quién es, y lo confirmó nada más ella abrió la boca.

—¡Mi jefito! ¡Coño ya, por fin te encontramos!

—¡Gienn!

Antes de poder avisar, Gienn se lanzó sobre él, abrazándole con fuerza. No hace falta mencionar el dolor que sintió en ese momento.

—¡Gienn!

—Yo también me alegro. No estoy llorando, para nada.

—¡No, Gienn! ¡Me vas a matar! Tengo todo el cuerpo crujido.

—Ostia, lo siento —le soltó—. ¿Qué te pasó? ¿Estás bien? ¡Ven p'acá, brillitos! Parece que mi jefito está súper herido.

La otra persona se acercó, emanando una luz de su propia mano, de la cual salió otra línea para iluminar el cuerpo de Barkeon. Entonces, Gienn se pudo fijar que su jefito, como ella le llamaba a veces, estaba bañando con varias manchas de sangre y que su armadura estaba muy abollada en diversas zonas.

—¡Híjole! Si tas todo moribundo, madre mía...

—La sangre no es mía —aclaró, jadeando—. Recibí un baño poco recomendable.

—Menos mal —suspiró Gienn, aliviada—. Ya me pensaba yo que ibas a morir en mi regazo. Pues te llevamos y nos piramos de aquí, que en este lugar no se puede estar quieto.

—Tiene razón —dijo el hombre de la armadura—. Hay que marcharse. Ya.

—Eso lo entiendo perfectamente, pero estaría bien saber quién me acaba de salvar la vida. Ya sabes, para agradecerse.

—Buah, es súper mega fuerte, Barkeon. ¡No le digas! ¡Quítate el casco y muéstrale la cara! Que él si le conoce mejor que yo.

Sin retardarse un instante, el hombre se quitó el casco, revelando su cara a Barkeon. En cuanto lo vio, el cazatesoros cerró los ojos, fuerte, y los volvió a abrir. No podía ser que fuera él.

—¿Jakobias? ¿Qué haces aquí? —preguntó, atónito.

El hombre se rió. Se esperaba esa reacción. Entonces, aclaró.

—No soy el conde Jakobias, sino su hermano gemelo, Drent Boledain. He estado toda la noche buscándoos. Ahora quedan dos por encontrar.



CAPÍTULO SEGUNDO: YOU

El crepitar de la hoguera y su seseante contoneo mecían mi cuerpo alejándome poco a poco de la vigilia, era una noche estrellada y desde la pequeña planicie en la que había campado se podía observar en la distancia las luces de Pueblo Paleta sin parar de preguntarme si el profesor Oak había conseguido contactar con madre para darle el mensaje de mi marcha. El día fue surrealista, primero el encontronazo con aquella diosa de cabellos plateados seguido de los perseguidores ataviados de azabache indumentaria para acabar con el compañero más cariñoso del mundo entero, véase la ironía ya que su amor le impulsaba por preferir dormir en la rama más alta del árbol en el que apoyaba la espalda.

—¿Por qué no bajas para calentarte en la hoguera?—La única respuesta que obtuve de su parte fueron bostezos; vamos, pasaba de mi culo—. A la décima octava pillo la indirecta Pikachu, haz lo que te plazca pero no te alejes demasiado, por favor— Supliqué a la par que extendía una pequeña manta para que durmiera junto a un plato de comida—. Mañana tenemos un largo trecho hasta Ciudad Verde, descansa todo lo que puedas ya que partiremos al alba. Buenas noches Pikachu—Terminé mientras me acurrucaba en mi saco de dormir mirando las llamas que se iban consumiendo poco a poco al igual que yo iba cayendo en un profundo y agotador sueño.

Entre la oscuridad, una bruma púrpura desgarraba y devoraba el cielo en la lejanía acercándose a velocidades escalofrantes. Trastabillando por el terror, aterricé sobre un inexistente suelo, asustado empecé agitar el cuerpo como si fuera alzar el vuelo y pudiera salvarme de un aciago destino y en balde; sin comprender si caía mantenía el cuerpo a flote, una silueta se situó frente mi rostro portando una capucha que reconocía perfectamente.

—No importa cuánto te opongas, tristemente el destino que se te ha encomendado carece de tu control. Los lazos ya han sido forjados y pronto tendrás que volver para no querer regresar jamás—Relató fríamente Anne—. Y ahora despierta, Ash.

Un estruendo me sobresaltó despertándome de un salto, busqué a mi alrededor el paradero de Pikachu pero muy a mi pesar éste había desaparecido junto a la comida que le había dejado anoche. Unos furiosos graznidos llamaron toda mi atención e intentando focalizar el lugar pude vislumbrar en la lejanía del frondoso bosque un rayo que cruzó el cielo.

—¡Te pillé!—Exclamé en voz alta mientras recogía el equipaje a toda prisa antes de dirigirme en su busca.

Trastabillé varias veces por culpa de las raíces sobresalientes del suelo y de aquellas ramas que aparecían de la nada para abofetearme antes de poder alcanzar a mi pequeño compañero. Un spearow salvaje graznaba y batía sus alas amenazantes protegiendo algo entre sus zarpas, Pikachu en cambio gruñía agazapado chisporroteando rayos de sus mejillas y moviéndose lentamente a su alrededor buscando el momento idóneo para recuperar lo que fue originalmente suyo. Había leído muchos libros acerca de la crianza para solventar situaciones peores que ésta pero ningún escritor mencionó criaturas que odiasen entrar en su ball. Un rayo surcó el prado que separaban a Pikachu de spearow levantando la tierra a su paso pero fue demasiado previsible permitiendo al ave alzar el vuelo y lanzarse a picotazos sobre su víctima. Pikachu rodó e intentó esquivar cada uno de los envites de su agudo contrincante pero la perseverancia en sus arremetidas lo dejó a su completa merced. En ese instante, sin pensarlo siquiera recogí una piedra del suelo y le golpeé tan fuerte como pude, tenía que desviar su atención si quería que se olvidara de Pikachu. Un sordo golpe silenció todo a nuestro alrededor, no era un chico con una puntería sensacional pero había conseguido un pleno. "En toda la cara" era la frase que se repetía constantemente en mi cabeza. Cuando sus sentidos volvieron, el ave empezó a graznar brutalmente revoloteando en el suelo, sin moverse, desplumándose a cada batida.

—¿Qué carajo hace?—No dio tiempo a plantear una respuesta, el cielo se nubló de repente de una manera sobrenatural cuya oscuridad traía consigo una bandada de los suyos con un fin concreto, arrancarnos la piel—. Venga ya, no me jodas...— Dije para mis adentros.

Pikachu desvió por primera vez la mirada de su adversario para declararme unos gruñidos de desagrado. No llevábamos ni un mísero día juntos pero entendía perfectamente lo que expresaba. El spearow del coscorrón paralizó su cuerpo durante un instante hasta conseguir la respuesta que deseaba, todos sus compañeros se unieron al coro mientras bajaban en picado en nuestra dirección. Puto pajarraco, juré que algún día le freiría con patatas.

—¡Pikachu, nos largamos pero ya de aquí!—Ordené mientras lo acurrucaba en mis brazos.

La carrerita de hace unos instantes me había dejado sin fuerzas y con Pikachu no podía correr libremente, echaba en falta la comida más importante del día, el desayuno. Olvidando estúpidas excusas, la bandada de spearow eran definitivamente muchísimo más rápidos que mis endebles piernas así que al poco de iniciar la huida ya los teníamos encima picoteándonos hombros, cabeza y brazos.

—¡Hijos de puta, ya tenéis la comida, dejadnos de una maldita vez!—maldecía entre picotazo y picotazo.

No podía alzar la vista para ver lo que tenía en mis narices si deseaba conservar los ojos así que a ciegas continuaba corriendo por el prado aparentemente infinito hasta encontrarme en la falda de un río. La corriente era demasiado violenta como para cruzarlo a nado y siendo mis predicciones acertadas, la bandada nos alcanzaría de un momento a otro. Unos sinuosos temblores captaron mi atención, agaché la vista para darme cuenta de que la situación si podía empeorar, las heridas de Pikachu eran más graves de lo que pensaba.

—Oye chico aguanta, pronto saldremos de ésta, te lo prometo— Comenté sin ninguna credibilidad.

Mentía como un bellaco, no tenía ni la más remota idea de cómo salvar el pellejo, jamás había estado antes por esta zona del río y desconocía nuestra ubicación. El desesperante aleteo de los Spearow's puso punto y final a mi análisis del entorno con un envite conjunto del cual fuimos lanzados de bruces al violento caudal. Durante la caída lo único que me importaba era sujetar con firmeza a mi malherido compañero que agotado por su enfrentamiento respiraba con dificultad y con la vista al cielo lo último que pude contemplar antes de sumergirme en las violentas aguas fueron graznidos triunfantes de aquellos odiosos pajarracos. La turbulenta corriente me zarandeaba de un lado a otro perdiendo totalmente la orientación; golpeándome con piedras a cada pocos metros, intentaba salir a flote y recuperar algo de oxígeno pero con Pikachu era una tarea imposible. Aunque en mis últimos momentos de vida mi cabeza se agitaba como una coctelera, un sentimiento se aferraba con mayúsculas, ser un entrenador horrible, no solo fui incapaz de caerle bien a mi primer compañero sino que estaba a punto de llevarlo al otro barrio conmigo. Deseaba salvarlo con toda mi alma. Justo en ese momento, justo cuando mi visión se tornaba en la más completa oscuridad un hilo rojo captó mi atención.

De nuevo me encontraba en aquel inhóspito vacío, de pie en el aire como el sueño que tuve anoche. ¿Significaría algún tipo de prefacio? Un hilo rojo atado a mi muñeca tiraba de mi hacía abajo haciéndose más pesado por segundos y de repente; cuando quise darme cuenta, infinidad de hijos rojos emergieron de las profundidades y a lo lejos vislumbé un acontecimiento que escapa a mi total comprensión.

—¡¡Cadáveres!!—Grité asustado.

La distancia que nos separaba impedía que pudiera identificar sus rostros pero juraría que todas eran exactamente iguales, todos los cuerpos que flotaban a la deriva se trataban de copias de una misma chica. El terror se apoderó completamente de mi ser, no quería seguir estando en este extraño lugar, no entendía el significado de estas extrañas apariciones.

—¿Anne, Cuándo coño vas aparecer para guiarme con alguno de tus extraños acertijos? Por favor, sácame de aquí— supliqué sollozando.

Y cuando aparté la mirada de la marea de cadáveres, el rostro de una chica se plantó con seriedad a dos palmos de mi nariz a lo que respondí con un alarido desgarrador.

—¡Kyah! ¿Qué haces gritando de esa manera?— Preguntó sorprendida la chica pelirroja—. Veo que por fin despiertas, ya iba siendo hora.

—¿Dónde estoy...¡y los cadáveres!?

—No, parece que aún andas jugando con morfeo—Alardeó la muchacha—. Bueno, basta de tonterías, ¿Este Pikachu es tuyo?— Me amenazó mientras me agarraba de la camisa.

Aún confuso y ajustando los acontecimientos hasta la fecha busqué desesperado a mi compañero que yacía a mi vera sobre una fina manta y antes de poder reunirme con él, una bofetada sacudió inesperadamente mi rostro. Iba a cantarles las cuarentas si no fuera porque me encontraba frente a una diosa pelirroja. Su esplendorosa figura ataviaba unos vaqueros cortos y una camisa sin mangas amarilla, sujetaba su pelo con una coleta en su lado izquierdo. Su boca solo emitía insultos a mi persona pero no prestaba absolutamente nada de atención

en su exposición ya que estaba demasiado ocupado observando esos preciosos labios. Mi erección superaba los límites.

—¡Pequeñajo, ¿me estás escuchando? Tu Pikachu necesita tratamiento, ya estas tardando para levantarte y salir pitando a Ciudad Verde.

No le faltaba razón, ambos cubiertos de suciedad y rasguños necesitábamos atención sanitaria. Lo acurruqué de nuevo en mi regazo, entreabrió los ojos para verificar la persona que le había sujetado para seguir dormitando, su pesada respiración impedía manifestar su orgullosa personalidad. Subí la pequeña colina que separaba el río con el camino principal directo a Ciudad Verde.

—Por cierto chica, ¿hacia donde está la ciudad? He perdido la orientación con el baño— Comenté sarcásticamente.

—¡Serás...! Encima que os salvo de morir ahogados te marchas sin dar siquiera las gracias. Si no fuera por Pikachu te habría dejado en el arroyo— Gritó molesta la diosa de ojos verdes.

—¡No es tiempo para discutir!—Respondí a la vez que rescataba una bicicleta estacionada en la hierba—. Si alguna vez nos logramos encontrar de nuevo, prometo recompensarte debidamente pero necesito salvar a Pikachu, por mi culpa se encuentra así y no podría perdonarme si algo le llegase a pasar— Terminé mientras me jugaba el camino que debía seguir. Necesitaba recuperar toda la sangre acumulada en la cabeza incorrecta para poder pensar con claridad.

No transcurrió demasiado para poder vislumbrar tras la arboleda los tejados de las edificaciones de Ciudad Verde; aliviado por no meter la pata de nuevo, aligeré la marcha dirección al centro de tejas rojas. Justo en la entrada una chica vestida de agente policial sobre una gran moto y acompañada de un imponente Arcanine exigieron mi detención.

—Soy la agente Mara ¿De dónde sales con esas pintas, que ha ocurrido?

— Perdona agente, unas criaturas salvajes nos atacaron en el bosque y mi Pikachu necesita atención médica urgentemente, déjenos pasar por favor. Esto...Soy Ash Ketchum de Pueblo Paleta, tome mi documentación.

—De acuerdo, todo en orden. Lamento la interrupción pero se han avistado una serie de robos por una extraña banda en los alrededores, ¿Has visto algo inusual por casualidad?— Preguntó mostrando unos carteles de "se busca" con el rostro de una mujer, hombre y un Meowth.

—No, siento no poder ayudarla agente.

—Quédate bien con sus caras por si te cruzas con estos delincuentes en un futuro. Pronto le atraparemos pero ve con extrema precaución—Terminó mientras Arcanine ladraba profetizando la victoria.

De nuevo en marcha y esquivando a sus habitantes giré a la derecha por un intrincado callejón con la intención de ahorrar tiempo pero la suerte como de costumbre me fue esquiva, multitud de bolsas y cubos de basuras se interpusieron en mi trayectoria. Me golpeé varias veces en hombros y rodillas contra las paredes intentando mantener el equilibrio sobre la bicicleta y no caer de bruces sobre el suelo de adoquines. El traqueteo agitaba demasiado a Pikachu acurrucado en la cesta del manillar. Hubiese llegado antes a la clínica de no ser por las condiciones tan nefastas de la avenida, maldije no seguir por el camino principal. Era demasiado tarde para lamentarse, a lo hecho pecho. Después de girar varias veces y salir del

estrecho laberinto; al fin y sin aliento, atisbé la entrada del centro clínico, crucé la calle atestada de murmullos y conversaciones coloquiales sobre los quehaceres diarios para tirar la bicicleta delante de las escaleras y entrar por la puerta automática a toda mecha con Pikachu en mis manos, mi inquietud fue pasto de la atención ajena. Ojos curiosos posaron su mirada en nosotros, algo obvio viéndonos llenos de mugre hasta las orejas.

—¡Enfermera Joy, mi Pikachu está gravemente herido, ayudadme por favor!—grité desesperado con lágrimas en los ojos.

—¿¡Qué ha ocurrido!?!—Preguntaba una hermosa enfermera de rosadas coletas circulares mientras se acercaba a toda prisa desde la sala colindante.

—Una bandada de spearow's se abalanzaron sobre nosotros...luego caímos a un río y...—La vaga respuesta no la entendía ni yo, el cansancio empezaba a emerger y me faltaba el aire para poder expresar todo lo que había ocurrido esta mañana.

—Tu Pikachu parece estar sufriendo un principio de hipotermia aparte de las graves heridas por todo su cuerpo, debería darte vergüenza llegar en tales condiciones, un entrenador debe asegurarse que sus compañeros gozan de una salud plena así como zafarse de situaciones que no pueden superar— Sermoneó el ángel vestido con una sencilla bata blanca acabada en una indiscreta falda. Hoy era el día de sermonear a Ash Ketchum—. Tenlo presente la próxima vez. Chansey por favor, trae una camilla y llévale a la sala de urgencias, rápido.—Terminó mientras se marchaban con mi compañero.

Una vez cerrada la puerta a la sala de urgencias el silencio asoló la recepción, la multitud que esperaba la recuperación de los suyos murmuraban y asqueaban mi presencia observando con el rabllo del ojo. Allí me encontraba; de pie, solo y cubierto de barro.

—Tu pequeño amiguito tardará en salir, puedes ir a refrescarte a las duchas y cambiarte si no quieres pillar un constipado, hijo— Comentó una amable señora mayor sentada cerca de mi presencia. Señaló con uno de sus huesudos y reumáticos dedos la dirección antes de volver a sujetar su bastón con fuerza.

—Muchas gracias señora.

—¡Espera! Descálzate antes muchacho, sino ensuciarás todo el pasillo y los chansey's que trabajan aquí ya tienen demasiado trabajo cuidando a los que llegan malheridos—Replicó con el acento propio de una abuela. Con un cordial saludo incliné la cabeza y obedecí.

No me gustaba demasiado este lugar, el silencio y el eco daban mal rollo, eso sin contar el desagradable olor a hospital, pero en todo esto había algo bueno, la ducha calentita que revitalizó mis energías, limpiando toda fatiga acumulada durante el día. Cuando me quise dar cuenta, pinceladas anaranjadas reflejaban el cielo tras la ventana, ahora comprendía los rugidos del estómago, me había saltado almuerzo y merienda. Una inquietante soledad en recepción erizaron los vellos de mi nuca, había desaparecido todo el mundo, miré para la sala de urgencias y el letrerito sobre la puerta aún se encontraba encendido, Pikachu necesitaba más tiempo para recargar las pilas. Como un subnormal busqué asiento como si faltasen, me senté al darme cuenta de lo absurdo. Menos mal que no me había visto nadie, que bochorno. Y para mi asombro las puertas automáticas dieron la bienvenida a cierta silueta que me resultaba peculiarmente conocida.

—¡Aquí estás!—gritó la diosa pelirroja señalándome con el dedo—. ¿Cómo se te ocurre robarme la bicicleta? Podrías haberme consultado y te habría acercado sin problemas, ¡Eres lo peor!—Seguía gruñendo la adorable chica.

—No me jodas, ¿era tuya esa bicicleta?—Mientras formulaba la sorpresa iba reflexionando de la obiedad que resultaba todo aquello. Recordé donde tenía toda la sangre acumulada en aquel entonces—. No hay forma de disculparse por lo que hice, simplemente no pensé en lo que hacía...

—Me debes una, que lo sepas—Dijo enfurruñada sentándose a mi vera—. Y bueno, a lo importante, ¿cómo está Pikachu?

Me quedé sin palabras al contemplar tan de cerca aquel monumento, el sudor marcaba sus atributos con mayor facilidad consiguiendo al caballo de Troya estallar en llamas. ¿Podría considerarse delito forzarla brutalmente contra la mesa de recepción?

—¿Hola, hay alguien en esa cabeza hueca?—Preguntó mientras acercaba su rostro. Sus hermosos labios rosados estaban tan cerca que casi sentía su respiración.

—¡Esto...sí, sí!—Interrumpí mirando hacia otro lado avergonzado—. Llevan varias horas atendándole en urgencias, no debe quedar mucho...vamos, digo yo.

—Pues me quedaré a verle recuperado, es una monada y me entristece que tenga de compañero a alguien tan inepto como tu—Menospreció mirando al techo—. ¡Ah, por cierto! Mi nombre es Misty, encantada.

¿Encantada? Mi erección no paraba de aumentar a cada mirada.

—Yo me llamo Ash Ketchum de Pueblo Paleta, mucho gusto— Y tanto, me la ponía como un Metapod con fortaleza a tope.

—Oye, ¿No te parece raro que no haya nadie? Los centros además de servir principalmente como soporte al tratamiento sanitario de criaturas también tienen un pequeño albergue para alojar a los transeúntes que pasan por pueblos y ciudades. Esto no me gusta ni un pelo...

—Cuando volví de darme un baño lo encontré así—Intenté llamar a la enfermera Joy a través de una campanita desde la mesa de recepción pero nadie respondía—. Ahora sí me estoy asustando.

Malas vibraciones sacudieron mi mente y sin pensarlo fui directo a la sala de urgencias.

—Oye, esa zona es solo para personal autorizado—Aconsejó Misty mientras seguía mis pasos.

—Tengo que comprobar si Pikachu está correctamente, quédate si quieres.

—De eso ni hablar, ¿Has olvidado que me debes una? Además, yo también estoy preocupada por él.

Tras abrir las puertas correderas que daban al pasillo deseado tropecé con algo blando y esponjoso.

—¡Mocoso, ¿A dónde crees que vas?—Preguntó enfadada Joy—. ¿No sabes que esta zona es solo para personal autorizado? Ya estás tardado en dar media vuelta.

—¡Enfermera Joy, ¿Cómo se encuentra Pikachu?!—Comenté mientras intentaba ver más allá de sus pechos.

—¿Ya se ha terminado de recuperar mi Pikachu?—Mintió Misty, ¿Adónde quería llegar? Joy sabía perfectamente que se trataba de mi compañero.

—¿Pikachu?...Sí, tienes razón, en breve te lo traerá Chansey así que iros un ratito lejos.

Algo realmente extraño monitorizó mi atención, juraría que sus pechos se habían inflado con respecto a esta tarde. Tras empujarnos volvió a entrar en la sala de urgencias y justo cuando las puertas iban a cerrarse Misty se abalanzó sobre ella sujetándola.

—¡Que haces ahí parado todavía, ¿no te has dado cuenta?, esta vieja es una impostora!

—¡¿A quién llamas vieja, tabla de planchar?!—Enfurecida, consiguió zafarse de Misty con un rápido golpe.

—¿Eres tonto?—No era la respuesta que esperaba al sujetarla tras el golpe—. ¡Estoy bien, ve rápido a por Pikachu! Pongo la mano en el fuego a que pertenece a la banda de delincuentes que han estado robando por los alrededores. La enfermera Joy es muchísimo más joven y no tiene esas bolsas por toda la cara— El conflicto se descarrilaba por segundos. La impostora era incapaz de comprender la desbordante belleza de Misty. Sus curvas, su piel suave y tersa junto a ese culito merengón la convertía en el fruto de los dioses—. ¿Qué miras, vas a dejar que estos fanticos secuestren a Pikachu o me vas a soltar y rescatarlo?— Sinceramente me hubiese gustado quedarme tocando su piel y oliendo su fragancia de por vida, desgraciadamente lo primero era el rescate...supuestamente.

Mis temores se cumplieron al girar por el pasillo. La habitación de urgencias; víctima del hurto, se encontraba completamente desmantelada con todo el material desperdigado sin rastro de vida. Busqué alguna pista que me condujera a Pikachu y entre todo el desorden justo detrás de la camilla Joy se encontraba tendida en el suelo, inconsciente. Incapaz de hacerla reaccionar una marabunta de pisadas retumbaron por todos lados y desde el cristal que daba al pasillo la figura de Misty cansada del reciente ajetreo hizo aparición.

—¡Ash corre, se están llevando a Pikachu!—Gritó mientras buscaba de su macuto rojo unas balls.

Sus intenciones cayeron en saco roto, la impostora Joy sujetó por detrás a Misty impidiendo que invocase alguna de sus criaturas, las cuales fueron arrebatadas por un segundo integrante de su grupo ataviado con una indumentaria blanca con una extraña "R" en el centro de la camisa. Una extraña fuerza bloqueó la puerta evitando que fuese a socorrerla.

—Recordad nuestros nombres mocosos, memorizar quienes os dejaron con una mano delante y otra detrás, somos miembros de la organización mundialmente conocida como Team Rocket y algún día gobernaremos el mundo— Comentó la impostora a carcajadas.

—Jess, deja de parlotear y sujeta fuerte a la mocosa, con tanto ajetreo es imposible terminar con el saqueo— interfirió el segundo integrante que no paraba de cachearla. Sucio hijo de la grandísima puta.

—James, termina de una vez y larguémonos de este lugar. El jefe nos recibirá con los brazos abiertos en cuando vea la cantidad de criaturas que le llevamos para la construcción de su ejército— Comentó un Meowth parlante.

Una vez saciada su hambre por el saqueo empujaron contra el suelo a Misty y se largaron por la puerta principal seguidos de Ekans y Koffing, culpables de mantenerme encerrado.

—¡Misty, ¿te encuentras bien?!—Pregunté desesperado, ayudándola a recomponerse—. Esos hijos de puta me la pagarán por lo que te han hecho, no se los perdonaré.

—Mis criaturas han..—La tristeza en su rostro rompieron mi corazón en millones de trozos.

—¡Todavía estamos a tiempo de recuperarlos!—Afirmé con plena confianza mientras sujetaba su preciosa suave y delicada mano sin mencionar la gravísima erección que estaba sufriendo. Pobre de mí.

Cuando llegamos a recepción una potentísima luz procedente de la entrada nos cegó completamente seguido de un estruendo que destrozó todo cristal a nuestro alrededor. Las siluetas de los tres integrantes de la mundialmente conocida organización Team Rocket se detuvieron justo en las escaleras de la entrada.

— ¡Devolvernos a nuestros compañeros!—Exigí sin soltar en ningún momento a Misty. De entre las bolsas pude reconocer una pequeña figura amarilla en un bote de cristal. — ¡Pikachu, ¿estás bien?!— Su respuesta a base de descargas eléctricas afirmaba mi teoría—. ¡Necesito que salgas de ahí, se perfectamente que no te agrado lo más mínimo pero reconozco todo el increíble potencial que tienes, no necesito que lo hagas por mi pero si por esta hermosa chica; Misty, que nos salvó del río y debemos recompensarle por ello, ¿no es cierto?—Pikachu seguía emitiendo descargas en vano, el cristal no cedía. Lo único que conseguíamos era que una bombilla situada en lo más alto del cristal se encendiera.

—Mira, ya tenemos electricidad gratuita—Bromeó Meowth.

—¡Por mucho que lo intentes...

—...Jamás saldrás indemne!—Comentaron a dúo Jessie y James a carcajadas.

Cogidos de las manos, Misty compartió conmigo una mirada indescriptible, por primera vez en mi vida una persona necesitaba realmente mi ayuda. Con firmeza asentí y dejándola atrás me lancé lo más rápido que pude contra los villanos pero Ekans se interpuso golpeándome en el estómago logrando perder el equilibrio y salir rodando por el suelo. Superado por mis limitadas capacidades, la duda y el desconcierto nublaron mis directrices. Si hubiese sido mejor entrenador para Pikachu, esto no habría ocurrido y en estos instantes Misty cabalgaría sobre mi caballo de Troya. Arrastrando mis últimas gotas de energía, limpié el suelo en alcanzar a mi secuestrado compañero para ser golpeado de nuevo volviendo al punto de partida. El trío de villanos se giraron para desaparecer entre la humareda del exterior. Cuando todo parecía perdido, justo en ese instante una luz tronadora estalló sin previo aviso y de entre el espesor de polvo que cubría el ambiente apareció Pikachu indicando una serie de instrucciones.

—¡Misty, debemos seguirles ahora o perderás a tus compañeros para siempre!—La adrenalina del momento permitió que pudiera volver a moverme y de nuevo sujeté su mano para correr hacia el exterior.

Allí, cubriendo el cielo estrellado una grandísima aeronave esperaba la incursión de los suyos.

—Malditos mocosos, tenemos que recuperar ese Pikachu—Maldijo Jessie.

—Pero el equipo de recogida ya está aquí y dudo que esperen un segundo más. El jefe nos matará si fallamos—Sugirió James preocupado colocando las bolsas robadas sobre un soporte que servía como entrada a la nave.

—Chicos, olvidaos de ellos por el momento y recordad cual es la próxima misión. Todo comenzará esta noche y no podemos quedarnos atrás o no ascenderemos jamás—terminó Meowth mientras desaparecían tras las compuertas de la nave.

Sin perder un segundo salté sobre la ascendiente aeronave sujetándome en unos soportes metálicos y con Pikachu sobre mi hombro le tendí la mano a Misty.

—No...no puedo, es imposible—Las lágrimas de Misty no paraban de brotar sonrojándole las mejillas.

—Eso no es cierto Misty, todo lo que has hecho por nosotros es algo que jamás olvidaremos, nunca comprenderás hasta que punto estamos agradecidos de haberte conocido. Eres una persona muy especial para nosotros y si no puedes lograrlo sola, ten por asegurado que juntos lo conseguiremos pero debes tomar la decisión ahora— Pikachu asintió. Por primera vez desde que nos conocimos en el laboratorio del profesor Oak, sentí que éramos uno.

Los ojos vidriosos de Misty quedaron grabados a fuego en mi corazón comprendiendo la verdadera razón por la que estaba arriesgado la vida.

VAMPIRES & ZOMBIES in FEARLAND

CAPÍTULO 3: JARDÍN DE ROSAS

Utopia era el nombre de la ciudad fundada por Reindhal, un paraíso donde la convivencia entre vampiros y zombies se entreveía factible desde el punto de vista del Vampiro Supremo. Aún recuerdo una parte de mi conversación con Reindhal mientras volaba en sus brazos. La otra parte la pasé ensimismado en pensamientos tales como “¿Podría Superman ganarle a Goku?” o “¿Con una mano menos cómo se puede hacer una felación a mano cambiada?”. La respuesta para mi desgracia fue negativa. Tendré que seguir practicando con mis pies.

—¿Profesor?— arqueé una ceja sorprendido.

—Sí. Pienso que usted sería un gran ejemplo de diversidad para los niños del colegio de enseñanza mixta “Libertad y Amor”—me señaló Reindhal con su dedo índice.

—No creo que dé el perfil para trabajar en un lugar llamado “Libertad y Amor”— me sinceré con mi interlocutor.

—Yo opino lo contrario— me cortó Reindhal— Amigo mío, usted es el punto neutral entre ambos bandos. No eres ni vampiro ni zombie. Nadie le acusará de favorecer a nadie en detrimento de otro por cuestiones de raza. Eres el extranjero que puede canalizar todas las fuerzas de este curioso caldo de cultivo que usted mismo ha creado— sonrió.

—Solo soy un imbécil que creé una raza peligrosa de zombies por equivocación. No soy para nada una persona confiable. Una vez tuve un conejo como mascota y solo me duró dos semanas— intenté darle motivos para escaquearme del marrón que quería poner sobre mis hombros.

—¿Se te olvidó darle de comer?— preguntó.

—No, un día apareció misteriosamente ahorcado con el cable de la lámpara. No entiendo que pudo pasar... Le daba jovial conversación casi las veinticuatro horas del día y para un momento que me descuido...— ladeé mi cabeza a ambos lados.

—Es una pena— asintió Reindhal— Pero no creo que lo otro pueda llamarse error.

—¿Te refieres a lo de los zombies?— me extrañé.

—¿Sabes lo que ha sucedido durante tu estancia en el castillo del conde Volkswagen? Muchas cosas han acontecido en estas hasta ahora monótonas tierras.

—¿Caos y destrucción?— intenté adivinar.

—En parte. Sin embargo, lo más sorprendente de todo es la otra cara de la moneda. Las “resurrecciones” se han dado en todos los lugares siempre de manera aleatoria. Tenemos un amplio espectro de zombies que concuerda con todas las fases de la vida de un humano: bebés, infantes, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos. Otra característica de las resurrecciones es que debido a la logística no se han podido recuperar familias enteras salvo en contadas excepciones. ¿Qué harías si un día resucitaras y te dijeran que existe un método para traer de vuelta a la vida a tu esposa?— me preguntó Reindhal.

—Ser libre— asentí.

—Es usted la monda— se empezó a reír Reindhal por alguna razón que se escapaba a mi entendimiento— Lo lógico sería recuperar la vida de tu mujer, hijos, hermanos, padres,

amigos... No ha sido raro una vez dejaste al descubierto la fórmula de crear zombies se hiciera un efecto de resurrecciones en cadena. Sin embargo, como ya he mencionado antes, en la mayoría de casos no se han podido recuperar a las familias enteras debido a la falta de restos o a la ausencia de estos. ¿Y sabes lo que ha sucedido?— los ojos del vampiro brillaron como la calva de un calvo al mediodía.

—Ni idea— contesté tentado por volver de nuevo a mis importantes pensamientos sobre el proceder de mis futuras felaciones.

—Se han unido— una lágrima resbaló por la mejilla de Reindhal— Una madre adoptó a dos zombies niños que no conocía de nada y un padre que había perdido a toda su familia se unió a ella. Y no solo eso, sino que además se le sumaron una pareja de zombies ancianos que juegan el rol de abuelos. Han creado una familia desde cero. ¿No crees que es hermoso?— se emocionó.

—Nunca he tenido una familia. No sé lo que se siente al tener una— me encogí de hombros.

—Es tan trágico— se puso a llorar Reindhal— Una persona tan maravillosa como usted, William Waster, que ha pasado toda su vida en soledad sin conocer el amor y el afecto haya podido obrar semejante milagro— se sonó los mocos con un pañuelo de seda que sacó del bolsillo.

—¿Milagro?— no llegé a entender el razonamiento del vampiro.

—William Waster, usted no ha creado una raza de zombies asesinos sino que le ha dado a miles de personas una segunda oportunidad. Todos los arrepentimientos y deseos frustrados que nos llevamos a la tumba ahora pueden ser enmendados. Quiero que conozcas a una persona— el vampiro viró bruscamente su trayectoria y me llevó a una chabola de madera perdida en mitad del bosque.

Una columna de humo salía por una añeja chimenea. Entramos por un hueco entre los tablones que estaba cubierto por una sucia y roída cortina. El interior de la casa era tan austero y parco en detalles como el exterior. Unos cuantos utensilios de cocina se hallaban desparramados por doquier y un jergón viejo y humilde se situaba frente a ellos. Sobre él, un zombie que parecía haber vivido al menos noventa años como humano bebía una taza de té.

—Le he traído a William Waster, señor Rovira— habló Reindhal como si yo fuera un paquete a entregar.

—Dichosos mis viejos ojos— se levantó el anciano del jergón y se dirigió a mí.

—¿No me estará buscando por motivos económicos?— me temí lo peor al ver a aquel desconocido acercándose hacia mí sin pudor alguno.

—Muchas gracias— se postró ante mí de tal manera que su frente tocó el suelo.

—¿Qué estás haciendo?— el extraño comportamiento del individuo me descolocó por completo.

—Quiero contarle una historia— el zombie hizo caso omiso a mi pregunta— Hace unos años vivía felizmente con mi esposa cultivando rosas en nuestro jardín. Éramos pobres pero poco nos importaba eso con tal de estar juntos. Un día ella murió devorada por unos vampiros sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo— se le hizo un nudo en la garganta— Sin embargo, mi esposa era muy previsora y dejó como última voluntad una nota en la que decía que cuidara el jardín por los dos... que no dejará morir el lugar donde habíamos sido tan felices durante tanto tiempo... ese vínculo que nos unía. Ese bello jardín era como el hijo que nunca pudimos tener— hizo una pausa para perderse en la nostalgia— Entré en una profunda depresión y descuidé el jardín que ella me había confiado, escupí en su última voluntad de una

manera despreciable. Cuando levanté un poco la cabeza intenté volver a darle vida al paraíso donde había sido tan feliz con mi esposa pero ya era demasiado tarde. Las fuerzas me abandonaron por culpa de la vejez. Morí en este mismo lecho mirando a las tierras yermas de mi jardín a través de la ventana sumido en la amargura de haberle fallado a la mujer que más había amado en toda mi vida. Muchos recuerdos con ella se han ido... sin embargo nunca olvidaré los últimos instantes de mi miserable existencia embargado por el dolor, la rabia, la tristeza y la impotencia de no poder hacer nada— miró al jardín de la misma manera que hizo el día de su muerte.

Como acto reflejo miré en la misma dirección hacia la que estaba mirando el anciano zombie. Posé mi mirada en el jardín que el anciano había calificado como yermo pero mi sorpresa fue mayúscula.

—¿No decías que no había vida en tu jardín?— pregunté embelesado por la belleza del jardín de rosas mejor cuidado que había visto en mi vida.

—Eso era antes de morir— sonrió el señor Rovira— Ahora mi sangre de vampiro hace que recobre la vitalidad de antaño e incluso podría decir que estoy mejor que nunca a pesar de mi aspecto— dió un pequeño sorbo a su té.

—Me alegro mucho por usted, anciano— dije con sinceridad pues su historia había llegado a conmoverme en lo más profundo de mi corazón.

—Quédese un momento aquí— me ordenó el anciano antes de salir de la cabaña. Al cabo de unos minutos volvió con un ramo compuesto por doce hermosas rosas, las mejores que él había cultivado siendo un zombie.

—¿Son para mí?— me quedé estupefacto ante tal ofrenda.

—Ni en mil vidas podría hacer algo por usted que recompensara toda la fortuna que he recibido. Si pudiese llorar por estas cuencas secas y marchitas lo haría pero eso no me preocupa siempre que pueda aprovechar esta segunda oportunidad que el destino o mejor dicho, usted me ha ofrecido. Gracias, William Waster, por permitir que este anciano senil pudiese enmendar sus errores del pasado, gracias...

—No merezco tu gratitud— le corté para que no me siguiera dando las gracias de manera indefinida— pero me quedaré con el ramo de rosas. Son muy hermosas— le cogí el ramo de flores al señor Rovira con la mano que aún tenía unida al tronco.

—¿Se van a quedar a cenar?— preguntó.

—¿Los muertos cenan?— pregunté con buena intención, mucha curiosidad y poco tacto.

—Por supuesto señor Rovira— aceptó Reindhal por los dos al mismo tiempo que me tapaba la boca.

El anciano preparó una sopa agria de puerros que dejaba bastante desear y se quedó mirando desde su jergón como comíamos sus invitados.

—¿Está buena?— preguntó el señor Rovira.

—A veces desearía no tener el sentido del gusto como los zombies— respondí con sinceridad.

—Está buenísima— tosió Reindhal mientras me propinaba un capón.

El anciano se rió ante esta fraternal estampa.

—Parece que os lleváis muy buen— esbozó una afable sonrisa.

—Uña y carne— ironicé sutilmente.

—Ahora que lo pienso no conozco apenas a la persona que me salvó de mi aciago destino, ni sus gustos ni sus aficiones ni siquiera a qué se dedica— se lamentó.

—Me llamo William Waster y actualmente soy profesor en la escuela “Libertad y Amor” de la ciudad Utopia— me presenté con una sonrisa.

Reindhal sonrió cuando mencioné mi ocupación. Algo dentro de mí me decía que había sido vilmente manipulado.



CAPÍTULO 2: BLACKOUT HUNDRED FAILURES

–¿Precisamente qué es lo que estamos buscando Hiyosu-san?– preguntó Nico con desdén.
–Una anomalía en flujo de almas– respondió.
–¿Al igual que cuando aparecieron los Quincy?
–No exactamente.
–¿Y qué es entonces? Llevamos semanas observando los monitores y los números no se disparan, es tremendamente aburrido, preferiría estar comprando dulces.

Hiyosu le devolvió una fría mirada sin girar su cabeza.

–No se trata de algo cuantitativo, sino cualitativo.
–Sigo sin entender. ¿Buscamos un Menos Grande en lugar de una horda?– Nico era una joven brillante, sin embargo su cabeza podía nublarse fácilmente si se encontraba aburrida, y pocas cosas le resultaban más aburridas que monitorear el flujo de almas durante semanas.
–Algo similar. Akon-san detectó una serie de anomalías en la aparición de Hollows de un tiempo a esta parte. Inapreciable para cualquiera excepto para la perspicacia de Akon-san.
–Sin embargo nada aparece, debió haber sido una situación particular– respondió Nico, completamente tediosa por su corriente tarea.
–Nada suele ser situacional cuando no está dentro de los parámetros. Somos científicos, no podemos dejarlo a la coincidencia.
–¿Pero cómo podemos detectarlo si ni siquiera sabemos qué estamos buscando?
–Detalles– dijo Akon interrumpiendo la conversación.
–¡Teniente!–respondieron al unísono.
–Ambos saben que el capitán no es una persona de dejar cabos sueltos, y tras tantos años junto a él algo de eso se me ha pegado. Así sea prácticamente imperceptible para cualquiera, alguien, o algo, ha estado alterando el normal flujo de almas y las apariciones de Hollows en el mundo humano no se han incrementado, sino que han sido erráticas.
–Entonces– Nico escuchó detenidamente la explicación de Akon– deberíamos indagar en aquellos parámetros que se muevan un poco más allá de lo convencional– de un momento a otro su mente se había enfocado nuevamente.
–Exactamente. No estamos buscando, sólo observando, luego de haber sido llevados al borde del colapso no podemos ser nunca lo suficientemente cuidadosos. Te mostraré–. Akon tomó lugar en la consola ocupada por Hiyosu y comenzó a moverse entre archivos y registros de las últimas semanas desde que había anotado aquel primer hecho inusual.
–Aquí. ¿Qué ves?– preguntó a la joven de grandes lentes señalando la pantalla.
–Tres hollow– respondió sin tener claro cuál era el punto de la observación.
–¿Es lo único?
–Tres hollow de muy diferente reiatsu– respondió.

–Exactamente. Esos son los detalles que debemos observar– dijo Akon satisfecho con la respuesta de Nico, y esperando haber reactivado la curiosidad y el interés de su subordinada en la investigación.

–Fue pasado por alto porque aparecieron en una zona de alta concentración espiritual– interrumpió Hiyosu– sin embargo tres hollow de reiatsu tan dispar nunca estarían juntos de esa manera, el más poderoso devoraría a los otros dos antes que compartir las almas de las víctimas.

–Así es, los hollow trabajan en equipo sólo cuando sus poderes están dentro de parámetros similares– agregó Akon–. Ésta fue la primer anomalía que pude detectar, y al trasladarle mi inquietud al capitán él estuvo de acuerdo, no podía ser casualidad. Lamentablemente para mí me tuvo cinco noches seguidas revisando registros hasta quedar satisfecho con su conclusión de cuando aproximadamente habían comenzado las anomalías.

–Ha encontrado la aguja en el pajar Akon-san– dijo Hiyosu, sorprendido.

–El inconveniente radica en que desconocemos qué utilidad tiene esa aguja. ¿Para extraer sangre? ¿De personas o animales? ¿Para Coser? ¿Seda o algodón? Las posibilidades son infinitas, por lo que debemos seguir detectándolas hasta contar con las suficientes para elucubrar una teoría sobre su causa y consecuencia.

–¡Podría escribir un algoritmo! Puedo tenerlo listo en tan sólo una noche– dijo Nico exaltada, su entusiasmo definitivamente re-encendido–. Teniente, ¿podría enviarme el registro de las anomalías? Aceleraría enormemente mi proceso.

–De acuerdo. ¿Podrás realmente hacerlo?– Akon no dudaba de la brillantez de Nico Kuna, sin embargo no estaba seguro de que ella realmente hubiera comprendido la situación.

–Definitivamente– respondió estirando sus brazos con las manos entrecruzadas– me uní al Instituto de Investigación porque me apasiona desentrañar misterios, y pareciera ser que estamos ante un gran misterio. Hiyosu ¿Puedes ayudarme a analizar los registros? Podría tener un algoritmo diseñado en la mitad de una noche si cuento contigo.

–De acuerdo– respondió fastidiado, aunque eso no se tradujo a su artificial rostro.

–Lo dejo en tus manos Nico, sin duda eres la indicada para este recado– pensó mientras se marchaba en silencio.

–¡Yooooooooooooo Isshin-kun!– exclamó Hakumei con unos ademanes un tanto circenses, parecía tratar a Isshin como si fuera un niño pensó Ichigo, sin embargo no lo veía como algo muy extraño, puesto que su padre no era precisamente muy maduro–. ¿Acaso has visto un fantasma?

–¿Acaso no somos ambos, técnicamente fantasmas Capitán?– respondió Isshin una vez pudo salir un poco de su asombro.

–¡Ha! *Touché*. No has respondido mi pregunta.

–¿Cuál pregunta?

–¿Por qué ya no te apellidas Shiba?– inquirió esfumando el semblante cómico de su rostro.

–Ah... cierto. Es una larga historia, pero todo se resume a que aquí en Japón el hombre toma el apellido de su esposa si su familia es más poderosa.

–Mmmm interesante– contestó Hakumei no creyéndose una palabra y tomándolo como una barata excusa– en Europa es diferente.

–¿Has estado en Europa Capitán?– preguntó Isshin, no estando seguro de qué había sido de su capitán durante tantos años en que creyó que estaba muerto.

–Más de ciento veinte años. Me he vuelto bastante rico, es bastante sencillo cuando los humanos no pueden verte– dijo saciando al menos el primer interrogante de Isshin.

–Disculpa, anciano– intercedió Ichigo–. ¿Eres un Shinigami?– dijo lanzando lo que para cualquiera de los presentes a excepción de él resultaba una pregunta retórica.

–¡¿Anciano!?! ¡Isshin deberías educar mejor a tu hijo!

Ichigo sintió haber tocado una fibra sensible, por qué sería que los viejos que aún no estaban tan decrepitos como éste hombre o Kyoraku-san eran tan sensibles con estos temas, se preguntó.

–Hahaha, siempre has estado acomplejado por tu edad Capitán, ahora que has perdido el color de tu cabello, presiento que lo estás aún más.

Hakumei asintió con la mirada sombría y la cabeza gacha.

–Ven pasemos a la casa, no podemos tener una conversación de reencuentro en el lobby de una clínica– dijo Isshin estirando su brazo señalando la puerta que conducía a la residencia.

Una vez se encontraron en la sala, Isshin presentó a Hakumei como un viejo amigo y se instalaron en el living mientras Yuzu preparaba té y galletas. Ichigo observaba con atención a aquél hombre, quien desde haberlo conocido momentos atrás le trasmitía algo una sensación imposible de describir, y aún así, no sabía cómo o qué preguntar, estaba sumergido en un tangente desasosiego.

–¿No quieres pasar al baño para secar tu cabello? Realmente no hay problema– preguntó Ichigo apresurado con tal de salir de su silencio incómodo.

–Descuida, como te he dicho antes la lluvia no me molesta, hubiera perdido la cordura si me molestase.

–Algo tenemos en común entonces– dijo Ichigo algo más suelto.

–Hoy es el cumpleaños de Ichigo, y siempre en cada uno de sus cumpleaños el cielo es gris y la lluvia cae. ¿Por qué crees sino que es tan amargado teniendo un padre tan radiante?

–¿Siempre ha sido así de imbécil?–preguntó a Hakumei mientras su puño izquierdo descansaba en la nariz de su padre.

–Hahaha, pues más o menos. Isshin no ha sido nunca alguien muy maduro, por ello su padre me lo encomendó.

Su padre... Mi abuelo... Ichigo masticó la respuesta de Hakumei al momento que caía en cuenta que no sabía realmente nada de sus antepasados. Nunca tuvo un abuelo que le contase historias, incluso si sus abuelos tuviesen miles de años de edad a diferencia que los de sus amigos. Aún más soledad sentía en pensar cómo serían sus abuelos maternos, sin embargo nadie los había conocido, ni su padre, ni Ryuuken Ishida que había sido como un hermano pasa su madre según había oído de parte de éste una vez supo que Ichigo conoció la historia de su madre.

Hakumei observó a Ichigo detenidamente, quizás podía intuir, o no, que estaba transcurriendo por su cabeza, sin embargo, de lo que estaba seguro, era de aquello que estaba en su corazón, puesto que Hakumei sentía lo mismo; la gran diferencia, es que él conocía el motivo.

–Respecto a tu pregunta– dijo carraspeando la garganta– sí, soy un Shinigami, aunque dudo que te sorprenda, ¿verdad?

–En absoluto– asintió Ichigo– no muchos se refieren a mi viejo como Shiba, mucho menos tratarlo como un viejo conocido, es un viejo pervertido sin amigos.

–Veo que no has cambiado mucho Isshin, a pesar de lo mal que te pesaron los años– dijo soltando una moderada risa.

–Sigo siendo tan atractivo como siempre.

Silencio absoluto.

–Su nombre es Hakumei Shiizu, no sólo fui su teniente en la décima división, sino que antes de él no ha habido nadie, es su primer capitán, miembro del primer Gotei 13, y última cabeza de la familia Shiizu, una de las cuatro grandes familias nobles– dijo Isshin presentando formalmente a su viejo amigo y mentor.

–Cinco– corrigió Hakumei.

–Cuatro– mantuvo Isshin– los Shiba hemos sido desterrados– dijo Isshin con un atisbo de culpa.

–Vamos, no seas derrotista– le consoló Hakumei–. Las noticias me han llegado, sin embargo no creas que ha sido responsabilidad tuya, y tú lo sabes perfectamente.

–Poco importa realmente, es algo que quedó en el pasado– secundó Isshin retomando la buena compostura.

–Disputas entre nobles que poco se les ocurre que hacer con su abundante tiempo libre no borran un *millón* de años de historia, Isshin– dijo alterando casi imperceptiblemente su tono de voz al decir "millón".

–Veo que has sido alguien increíble abuelo– Ichigo mantenía su confianzuda falta de respeto la cual hacía enfurecer a Byakuya Kuchiki aunque jamás lo demostrase–. Sin embargo no puedo sentir poder espiritual viniendo de tí.

–¿Abuelo?– pensó Hakumei un jocosamente ofendido–. Eso es porque llevo un Gigai supresor. Si bien he perdido mis poderes de shinigami, el poder de mi alma aún es fuerte, sin él sería un Imán para los hollows, aunque ese es el menor de los problemas. Mi alma es inestable, y por ello necesito el Gigai supresor.

–¿Inestable?– Isshin quiso acotar algo a la conversación antes que Ichigo preguntase sobre ese tema, sin embargo no fue lo suficientemente rápido.

–Al igual que tí, he llevado un hollow dentro mío. Y ahora sin él mi alma es inestable. Durante años he sobrevivido con el limitador, sin embargo con los años fue apagándose, y fue allí como unos amigos muy especiales me fabricaron este Gigai.

–Creía que Urahara era el único contrabandista en el mundo humano– dijo Isshin– Ichigo observaba a su padre que parecía querer cambiar de tema. ¿Hakumei llevó tenía poderes hollow? ¿Sería por eso que sentía familiaridad con él? De repente Ichigo quien hasta ese momento sólo sentía curiosidad por ese extraño sentir, y que dejando lo dicho de lado sólo se encontraba en la sala por cortesía, comenzó a sentir verdadero interés por Hakumei Shiizu y su historia. Deseaba conocerle.

–El mundo de los vivos es enorme Isshin, se nota que a pesar de tantos años aquí eres un hijo del Sereitei.

Isshin se debatía entre un millón de interrogantes para realizar a su antiguo Capitán, a su viejo amigo, a aquella persona que combatió con su propio antepasado, un Shiba tres generaciones anteriores a él en el Gotei original.

Mientras siguieron conversando ya junto al té y las galletas, Isshin comenzó a llevar la conversación a terrenos oscuros, necesitaba saber qué había ocurrido, por qué había dejado

que la sociedad de almas lo diese por muerto, y por qué ha decidido aparecer tantos años después. No encontraba la lógica como antiguo soldado del Gotei, y a su vez no podía evitar sentir un poco de dolor, puesto que el hombre a quién tomaba como un padre o un hermano mayor para él, no había confiado en él.

Se encontraba en el mundo de los vivos, sus visitas eran rutinarias. No era cuestionado, era una figura sumamente respetada y temida en la Sociedad de Almas, un veterano de incontables batallas, incluso en la memoria reciente entre las últimas generaciones de Shinigami, era quien había liderado la vanguardia en el exterminio de los Quincy.

Fue atacado en el Dangai, en el único sitio donde podía ser emboscado sin que nadie pudiese notarlo, aún con el limitador puesto, no fue rival para sus atacantes. Despertó semanas después en una cama en el mundo humano, siendo atendido por una joven que conocía muy bien. Sus poderes se habían ido, su Hollow había sido extraído, arrancado de su alma, y sus poderes de Shinigami junto a él. Tan sólo conservaba su sentir espiritual, podía percibir reiatsu y ver a los Hollow, pero eso era todo; gracias a haber tenido un limitador su alma hubiera colapsado sobre sí misma, en el suicidio del alma.

Nunca perdió sus recuerdos, sin embargo lo que había ocurrido en el dangai fue una laguna en su memoria durante años y años, incluso mientras esos años fueron convirtiéndose en décadas, y las décadas en una centuria. No era consciente de que lo había atacado un Shinigami, o algo diferente, y siempre que sentía la presencia de un Shinigami y corría en su búsqueda sólo encontraba sus cadáveres.

Europa en el siglo XX fue un sinfín de guerras, y así sobrevivió Hakumei Shiizu, un shinigami despojado de sus capacidades espirituales en el mundo humano. Su única herramienta era un gigai especial, uno como los Shinigami no tienen acceso incluso en el presente. Espionaje, sabotaje, secuestros, asesinatos de objetivos valiosos, hizo de la guerra su fuente de ingresos, ante el inacabable asombro de quienes lo contrataban; poco sabrían estos que en realidad era un ser espiritual.

Jamás renunció a su vida, incluso sabiendo que su propia alma podía asesinarlo, siempre tuvo un objetivo en mente, noble y desinteresado al principio, con los años y la amargura teñido de maquiavelismo.

Hakumei continuó relatando tanto a Ichigo y a Isshin qué había sido de él en el último siglo, de cómo sobrevivió, luchó, y buscó durante años la forma de recobrar sus poderes, y sobre todo sus recuerdos de aquél día, para poder al fin advertir a la Sociedad de Almas de aquella acechante amenaza.

–Finalmente un día, el blanco de mi mente desapareció, el rostro detrás de mi supuesto asesinato y la persona responsable de que aún al día de hoy me encuentre exiliado de mi hogar. Sin embargo fue demasiado tarde, ya poco pude hacer, y la Sociedad de Almas sangró por su traición– expuso carizbajo y sorbiendo una última taza de té al finalizar.

–¿Aizen?– preguntó Isshin, entendiendo perfectamente después de todo lo acontecido con Aizen Sousuke que una persona como su antiguo capitán era una presa demasiado jugosa en sus ambiciones de investigar y experimentar con hollowificaciones de Shinigami.

–*The one and only...*– respondió en un idioma diferente.

–Me pregunto si habrá alguno de nosotros a quién no haya dañado Aizen– pensó Ichigo en voz alta.

–Creo que sería difícil encontrarlo– secundó Hakumei–. Quizás fue por mi culpa que se interesó tanto en combinar los poderes de un Hollow con los de Shinigami; o tan sólo fui el conejillo de indias perfecto para su incipiente locura.

En ese momento el teléfono móvil de Ichigo comenzó a sonar. Orihime se encontraba en camino junto con el pastel y necesitaba que Ichigo hiciera unas compras para decorarlo. Se disculpó con Hakumei y luego de conversar unos momentos más se despidió para marcharse.

–¿Era tu esposa, verdad?– preguntó.

–Sí, bueno, realmente no estamos casados– respondió.

–Pero tienes una familia.

–Sí, tenemos un niño.

Hakumei sonrió de manera agrí dulce.

–Me da gusto escucharlo. Yo también tuve un hijo, aunque él ya no forma parte de este mundo, ni de ningún otro. Durante mucho tiempo lo di por muerto y sobreviví muchos años busqué cualquier método posible para poder regresar a la Sociedad de Almas y buscarlo allí en el rukongai. Sin embargo ese no fue su destino.

–¿Rukongai? ¿Él era del mundo de los vivos?– preguntó Ichigo tremendamente sorprendido.

Isshin y Hakumei encontraron sus miradas para ninguno apartarla durante un segundo que se sintió una eternidad. Hakumei buscaba una reacción, Isshin buscaba un pedido de consuelo.

–Pero imagínate– continuó Hakumei–, esto ha sido hace mucho tiempo. Un humano, no importa si es hijo de un shinigami. No vive más de cien años. O no suele hacerlo.

–Entiendo.

–Quizás tú sí vivas mucho tiempo, Ichigo, pero será otra charla, cuando gustes, ve por tu esposa, o tu no esposa, y que tengas un feliz cumpleaños.

–Gracias, abuelo– respondió Ichigo estrechando su mano.

–Ichigo– dijo Hakumei una vez estuvo a punto de cruzar la puerta.

–¿Sí?–respondió volteándose.

–Gracias a ti. Por triunfar donde hemos fracasado, por salvarnos a todos. Yhwach fue nuestro mayor mancha y tú lo derrotaste. En nombre del último integrante vivo del primer Gotei 13, te lo agradezco de corazón.

Ichigo tan sólo asintió con una sonrisa apagada, con respeto, pero sin aceptar dentro suyo las palabras de Hakumei, no se sentía el vencedor de Yhwach, tan sólo la persona indicada en el momento indicado.

Camina igual que yo con total desdén bajo la lluvia, pensó Hakumei.

No mucho después Hakumei decidió que era momento de partir, se excusó que pronto llegarían los amigos de Ichigo y no querría ser un viejo en una fiesta de jóvenes. Isshin decidió acompañarlo, deambularon bajo la intermitente llovizna hasta la estación de tren. Isshin no podía caer del todo que estaba allí, en el mundo humano recorriendo las calles de un mundo muy diferente al él junto a ese hombre.

–Necesito algo de ti, Isshin– dijo Hakumei–. Hace tiempo que sé dónde encontrarte, sin embargo lo he hecho hoy porque al fin he encontrado la forma de recuperar mis poderes. La reliquia del clan Shiba, la necesito.

–¿El *Gogyō Wa**? Kukkaku-chan probablemente lo haya destruido– dijo desestimando rápidamente su pedido a la vez que intentaba no dejar enseñar la incomodidad que le generaba la pregunta.

–Sólo el Reio tiene el poder para destruir una de las reliquias Isshin. Shigekuni ha muerto, Setsuna ha muerto, todos han muerto. ¿Crees que la Sociedad de Almas puede depender de un Kenpachi para su defensa? Algún día aparecerá otro enemigo y no creo que estés muy contento con que sea tu hijo quienes tenga que salvarles el culo. He de volver, Isshin. Debo volver, conozco a la perfección todo lo que ha ocurrido estos años, y es recién ahora que puedo volver a ser de ayuda. Con las cinco reliquias juntas puedo recuperar mis poderes, volver a ser el *Shinsshusan** que siempre he sido, hasta aquella fatídica noche en que Aizen robó mi derecho de nacimiento para comenzar el camino de sus ambiciones.

Isshin era consciente que tener a Hakumei Shiizu golpeando su puerta en otro mundo luego de más de ciento veinte años no era simplemente para un reencuentro amistoso. Era un hombre demasiado importante para que su encuentro y regreso no tuviesen una connotación extra. Esperaba escuchar algo inquietante, pero a su vez jamás imaginó que sería algo que de analizarlo más de un segundo, le temblarían las piernas.

–Ca-capitán. Si lo que buscas son las cinco reliquias eso significa...

–Samsara, Isshin. Para recuperar el lugar que me corresponde en la Sociedad de Almas, invocaré el Samsara.

NOTAS:

Gogyō Wa: Disco de cinco elementos

Shinsshusan: Bien nacido, o "trueborn" en inglés.

No son palabras con traducción real al japonés; sin embargo, considero que son necesarias para un correcto desarrollo en la historia. No son conceptos que serán repetidos capítulo tras capítulo, pero las considero de importancia y, como tales, deseo que tengan un nombre japonés.



CAPÍTULO 4: NIGHT ART

Cabe esperar que tras el fracaso Aliado en Normandía, la población francesa haya entrado en fase terminal de la larga enfermedad germana.

Así mismo, también es lógico creer que el sector político de la población, con miedo y ambición de por medio, acate todo mandato indicado por la nueva mano.

Pero es verdad que en tiempos de guerra, la otra mitad del pueblo se hace escuchar siempre. Y a nadie debe tomar por sorpresa lo que tiene para decir.

La luna jugaba a las escondidas, comprobó motivado por un latente aburrimiento. Pequeña aunque visible un momento, escudada por desveladas nubes al siguiente. Un silencio sepulcral complementaba el juego. Éstas eran las noches en París, muertas desde hace tiempo. Si quedaban esperanzas para los días de verano, prontos a llegar, mostrarían a los que les quisieran encontrar que tampoco tenían mucho que respirar. Cuando no develen los espantos paridos por su negra hermana, permanecerán durante largas horas atormentando a la gente con indiferencia e incertidumbre. Una amenaza todavía más aborrecible, si cabe.

En el caso de Philippe Rouxel, sin embargo, la luz del día era poco más que una molestia tolerable. Era a noche y quietud las que amaba con fiereza, por las que valía la pena afrontar la luz del sol. Como dos compañeras de cama que yacían ahí por siempre, para él, cada vez que necesitaba de su compañía. Que hoy fueran acompañantes de guerra no le cambiaba en nada el parecer. Quizás hasta le excitaba más, reconocía.

A pesar de todo, había una tercer amante en su vida, que exigía más en menos tiempo. Y si supo conservar la vida durante tantos años, se debía justamente por hacer caso a todos sus caprichos.

El camión entrando al muelle le dijo a Philippe que la hora de trabajar daba por comienzo. Miró a la noche una vez más, y preguntó a la luna por cuánto tiempo podrían seguir amándose. Sólo entonces partió rumbo a la visita.

— Ahí va un hombre muy decidido. — Primero fue la voz de Jean, risueña como siempre, y luego su figura entera emergiendo de las sombras. El muelle aparenta, pero nunca está desierto.

— Más vale que te lo contagie — respondió Philippe, apartándose con la mano derecha un mechón de su largo cabello oscuro, tan prominente de ese lado de su cabeza. — La espera terminó.

El vehículo aguardaba junto a la prominente presencia de Armand, único hombre gordo de la ciudad. Evidente para todo el grupo que sus contactos llevaban la comida a su mesa. Jamás se ganó la simpatía de Philippe, ni la de Jean, por descarte.

Hoy la comida la serviremos nosotros, pensó mientras sumergía la mano en las enormes fauces de grasa, sudor y calor.

— Me alegra verte, Armand. Escuché las noticias. ¿Cómo se encuentra tu hijo?

Sonrió este, desagradable gesto de sus carnosos labios, enormes. Cerrados eran un cuarto de su cara; abiertos eran quizás la mitad.

— Mucho mejor, gracias. Es un muchacho valiente.

— No lo dudo, tal vez le interese unirse a nosotros cuando llegue a edad.

Si hizo frente a un soldado nazi con solo once años, qué demonios, deberíamos tenerlo a él para este trabajo.

La sonrisa de Philippe fue casi simpática. Armand sabía que no bromeaba del todo. Había escasez de voluntarios, y estaba decidido a sacar adelante a la Resistencia ahora que se le había dado la oportunidad de dirigir esta operación. Gracias a la magia nazi, pocos valientes osaban levantar la voz. Ni la misma arma que tenían los Aliados había podido ganarles en Normandía, de modo que los ánimos en Francia estaban en su punto más bajo, si es que no habían llegado tras la toma del país.

— Esperemos que no llegue a eso — dijo el gordo, vacilante. — La operación de hoy desestabilizará el control que tienen los nazis sobre nuestra ciudad.

Era la gran idea, propiciada por otras más pequeñas. Hoy daban frutos. Tenían también el mejor momento, con la gran mayoría de tropas alemanas desplazándose a otras fronteras en aras de conquista y triunfo. El frente soviético estaba probando ser plato demasiado grande para las hormigas.

— Veamos lo que nos conseguiste — intervino Jean, segunda mano del recién ascendido. A sus treinta y ocho años, le saca diez a Philippe, pero seguía teniendo el eterno rostro de un niño curioso, lo que no terminaba de gustarle. Numerosos sus intentos de camuflarlo con barba y bigote rubio; en todo caso resultando más aterrador para los nazis y simpáticos de su causa cuando lo conocían. Hoy estaba particularmente desprolijo, notara el superior, lo que significaba que sabía lo que habría de tener que hacer.

Fueron recibidos por un hedor fuerte cuando se abrieron las puertas traseras del camión. Olor de victoria, apestoso de sangre pero embriagador como el vino más exquisito. La fuente de origen estaba debidamente cubierta por un barril de madera, impedido de movimiento

mediante firmes cordones. No huirían nunca, pero reconfortaba saber que la integridad del vehículo estaba asegurada... mientras permanecieran dentro.

— ¿Solo un barril? — preguntó Jean, consternado. — Esto no es suficiente, Armand.

— Es lo necesario para el problema de hoy — le recordó Philippe. — Alik Makiri es un hombre desconfiado en asuntos de magia, y solo nos dará más si tenemos resultado; y si suplicamos lo suficiente. — *Yo con gusto lo haría si alcanza para mantener alejados a esos monstruos de este país.* — Ah, irás atrás, por cierto, para cuidar que no se estropee el regalo — sonrió.

Refunfuñando, Jean entró a la parte trasera del camión y cerró las puertas. Fue entonces cuando Philippe echó un rápido vistazo al conductor, el menos emocionado del grupo, sudando ansiedad.

— Armand, tú serás quien nos lleve a la libertad — y le abrió la puerta.

El vehículo detuvo la marcha frente al lugar designado poco después de cruzar el río Sena. La quietud venía detrás. En lo que duró el recorrido hasta el séptimo distrito principal de París, ni un atisbo de alma osó acercárseles. Como cobardes ermitaños, los capitalinos no ponen pie fuera de la protección del hogar al caer el sol. Los pocos que lo hicieron huyeron de la lumínica mirada del camión, rezando con lo que quedaba de sus vidas el no ser descubiertos.

A izquierda de Philippe, la célebre Plaza de la Concordia no tenía ni una diferencia con el más lóbrego cementerio. Devorado por la noche, teniendo nada más que árboles como sobrevivientes de las enormes fauces para contar la historia. Creyó distinguir la figura de un hombre a la distancia, recostado sobre un tronco. Demasiado pobre para permitirse una tumba, comprobó tras apreciar las harapientas ropas de vagabundo. Muy ebrio también, o lo necesariamente indiferente ante la posibilidad de un encuentro con el odiado invasor.

Pelemos por fantasmas, pensó con amargura.

Fue la ruidosa respiración nasal de Armand lo que le recordó su preciosa voluntad.

— ¿Estás seguro que era hasta las veintiuna? — le preguntó.

— Completamente. Mi informante interno me aseguró que la reunión finalizará a esa hora. Ni un minuto más.

Philippe asintió.

— Eso nos dejaría un plazo aproximado de treinta minutos antes de la explosión. A partir de este momento, Jacques tendría que venir por nosotros. Ojalá no se demore.

— ¿Tienes miedo, Philippe? Siempre me pareciste el más sereno de todo el maldito grupo.

— Siempre hay miedo, Armand. “Serenidad” es solo el nombre que se le da al miedo que duerme. El mío se cansa mucho, como te imaginarás.

No dijeron nada más, pero palabras seguían naciendo en la ocupada mente de Philippe. Era otra de sus especialidades. Pensar, investigar y actuar eran las fuerzas positivas que le llevaron a donde estaba ahora mismo. A más lugares le llevarían mientras continuara haciéndolo, prometía su cerebro. Naturalmente, repasar los detalles del plan por enésima vez le era tan inevitable como el aire entrando por su nariz. A tales alturas, encontrar cualquier imperfección lo echaría a perder, pero cosa difícil era dejar morir los viejos hábitos.

Eran las veinte horas con treinta minutos. Dentro de quince minutos, su compañero Jacques debería pasar a recogerlos. Veinte minutos después, a las veintiuna horas y cinco, la sustancia mágica se encendería y provocaría una explosión, la que se buscaba acabase con la vida de las personalidades prontas a abandonar el Palacio Borbón. Para entonces, Philippe y su grupo ya estarían lejos. Indispensable que así fuera si no querían terminar igual, pues una vez ocurrida la explosión, la sustancia liberaría llamas rastreadoras de calor ubicadas en la zona, dando caza a los sorprendidos invasores y reduciéndolos a cenizas. Se la llamaba Nido de Salamandras por una razón. Inestimable ayuda del pueblo soviético. Si la confusión jugaba a favor de los parisinos esta noche, ni serían buscados.

Ahora que lo contemplaba con atención, el Palacio Borbón le parecía un lugar no exento de belleza. Construido por Napoleón en conmemoración de su aplastante victoria en Austerlitz contra el Imperio Austríaco; curiosas vueltas tenía la historia, al ahora gobernar dentro de esos muros los descendientes mismos de los derrotados. Con un solo movimiento de su parte, Philippe estaría repitiendo el resultado de la famosa batalla de antaño, borrando de su ciudad a los altos cargos nazis que aún se hospedaban con jactancia. Una genuina lástima nació en sus ojos al contemplar el destino que le deparaba al edificio.

La paz siempre nos está pidiendo más. Aunque me basta el sacrificio si ese senador hijo de puta de Floissard tiene lo que merece.

Una herida todavía reciente, era esa. Llegó una vez a confiar en el hombre.

— René Floissard parece ser una figura ideal para combatir desde adentro el régimen nazi — recordó decir una vez a sus compañeros revolucionarios.

A vil mentira sonaban esas palabras ahora. Cuando confiable información de sus compañeros llegó a sus oídos, perdió la esperanza en el senador y todo movimiento político que le siguiera.

Floissard trabaja para los nazis, pensó, atrevido.

Sus nudillos palidieron y endurecieron al mismo tiempo.

A nadie le importa lo que nos pase a nosotros.

— Jacques está empezando a tardar. ¿Dónde mierda está?

En el momento en el que la boca de Armand volvía a abrirse para lanzar otro impropio, la ventanilla de la parte trasera del camión se corrió. Los dos hombres se encontraron con la nerviosa mirada de Jean, que no demoró en propagarse.

— ¿Qué pasa? — le preguntó el gordo.

— Pon en marcha este jodido camión ahora mismo — dijo a Armand. — Dos autos acaban de parar atrás. Nazis joder. ¡Vienen para acá!

En un instante, Philippe notó la presencia de los soldados yendo hacia ellos. Uno vestía el uniforme negro azabache que había hecho famosos y temidos a los de su clase por todo el

continente. Magos nazis. Iba ataviado además con una gorra negra y una capa color carmesí. Moda insulsa, pero que servía de advertencia para lo peor: además de un mago, uno con la destreza suficiente para matar a cien de sus hermanos, si así lo indicasen sus órdenes.

Está pasando al fin.

No podía evitar verlo caminar hacia el vehículo con una lenta seguridad.

— Armand, ¡jarranca este reputísimo camión ahora mismo, carajo!

El gordo era lo opuesto al frenético Jean. Sus grandes manos seguían aferradas al volante, bañándose con caliente sudor. Philippe vio su mirada perdida en el horizonte. Daba la sensación que Armand había puesto en marcha un vehículo distinto, sin ellos.

— Arman...

Hastiado, Philippe cerró la ventanilla de golpe, silenciando la incontrolable desesperación de su segundo al mando. Lo último que necesitaba era que el muy imbécil delatara su presencia. Rezaba porque le quedaran neuronas suficientes para entender la situación en la que se encontraban.

— Buenas noches, amigos.

La voz del mago sonaba exactamente igual a como la había imaginado, taimada y amanerada; no así su apariencia, que a vistas reflejaba una bien cuidada juventud. Largos mechones de cabello rubio pálido caían sobre sus hombros, libres de la presión de la gorra militar. Que le hablara con tal tono alguien a quien por lo menos le sacaba diez años de edad sacaba de quicio a Philippe. Todos los magos que había tenido el desagrado de conocer hablaban igual, como si una forma de magia que dominaran fuera la de aguantarse las ganas de vomitar cada vez que se encontraban con persona que no dedicaba su vida a esclavizar los elementos naturales. Este era de los peores, pues sus ojos no sabían actuar. Había tanto sangre en ellos como en la capa, descubrió no sin asombro el francés.

— Buenas noches, señores — saludó de todos modos.

Sabía por experiencia que a los invasores no les gustaba que les llamaran como tal en la cara. Quizás a algunos sí, los más fanáticos, pero esos habrían disparado al camión primero y recordado los modales después. El mago al menos aparentaba saber controlar a los de atrás, que lo miraban como si fuera un asesino serial de madres. Y como Philippe los conocía a todos, sabía que empezarían con la presa más débil.

— ¿Qué le pasa a tu amigo? He visto cerdos en el desierto que sudan tanto como para llenar dos baldes, pero este de aquí parece que quiere hacerle competencia al puto río de atrás.

— E-el calor, señor — replicó Armand, aún con la vista fija en el horizonte, buscando la salvación.

— Ah, el verano francés es bastante cruel, por lo que me dijeron. Pronto estará sobre nosotros. ¿Por qué no sales a la calle a tomar un poco de aire fresco? Lo necesitas.

Durante una fracción de segundo el corazón de Armand se detuvo, eso Philippe lo pudo casi que sentir en carne propia. Sus miradas chocaron, y luego el aterrado conductor la dirigió al mago nazi, todavía con la sonrisa dibujada en los labios.

— N-no, no s-será necesario señor, ya me siento un poco mejor.

— Insisto — dijo el mago tras abrir la puerta del conductor, gesto que ni siquiera el cobarde Armand podía desentender. Abandonó el asiento con un miedo aún mayor en el rostro.

Tú sigue así, Armand. Te conocemos bien.

Philippe no se atrevió a mover un músculo, conocedor de que ahora la atención caía sobre él. El mago no le decepcionó.

— Tú pareces necesitar aire fresco también. Ese pelo largo tuyo no debe ser muy amigo del aire seco. Sal afuera, la noche es linda.

— Pues sí, ahora que lo dice — la mirada roja y la mirada color miel chocaron durante un eterno instante. — Siento que está haciendo bastante calor.

Lo primero que recibió Philippe tras cerrar la puerta del camión fue un salvaje puño estallándole en plena mandíbula. Gotitas de sangre caían al momento de recibir el segundo, apuntado a su estómago. Cayó de rodillas, sin aire. Los soldados le pegaron dos veces más hasta que la voz del mago actuó de pausa, y les obligó a tomarlo de los brazos.

— Usted parece un hombre razonable y proclive a la charla, pero teníamos que hacer esto para asegurarnos de que no se nos duerma. Por alguna razón ustedes los franceses no son muy cordiales con sus amigos.

Fanáticos.

— Lo que confunden con falta de cordialidad en realidad es exceso de trabajo para nosotros. Queremos que no les falte diversión en esta hermosa ciudad nuestra — sonrió.

El mago también.

— Tenemos más cosas en común de las que cree entonces. Una lástima que estemos en bandos opuestos, ¿verdad, Philippe?

— No sabía que mi popularidad se había propagado. Habría traído mejores ropas.

— Nadie más en esta ciudad tiene tu corte de pelo. Largo y lacio de un lado de tu cabeza, casi tocando el suelo... ¿en qué pensabas al dejártelo así? ¿Es para que no te tomemos en serio y pensemos que no eres nada más que un loco con ínfulas de patriotismo? Porque es lo que pensamos, pero sí nos conviene tomarte un poco en serio. ¿A cuántos soldados tú y tu grupo se han cargado ya?

— A los que hagan falta. No es culpa nuestra que se desquiten con nosotros porque los soviéticos les están apretando el culo con demasiada fuerza.

La bota impactando de lleno contra su cabeza no detuvo la risa sardónica que escapó de sus ensangrentados labios. Siempre venía con un precio, pero le gustaba burlarse de los poderosos.

— Te estás durmiendo y empiezas a soñar. Traigan al gordo — ordenó el mago, — tal vez ahora no tenga los labios secos de tanto sudar y pueda decirnos unas palabras.

No lo trajeron a rastras, como había creído Philippe. En lugar de eso Armand casi parecía una persona digna, caminando con rectitud, aunque la cara no exenta de arrugas de preocupación.

Típico de él para que no le peguen.

Le indicaron que se arrodillara junto a su compañero con las manos a la vista y procedieron a inspeccionarlos en busca de armas. No hallaron nada, lo que causó la primera señal de alerta en la cara del mago. No golpeó a ninguno, pero su voz ahora no tenía nada que envidiar a sus pulcras botas negras.

— Uno de ustedes va a cooperar con nosotros y nos dirá exactamente lo que tienen planeado con este camión. Ya me hago una idea, pero lo quiero escuchar de sus sucias bocas. El que no hable se va a ir a la tumba después, y no será plato atractivo para los gusanos.

Haciendo énfasis en las palabras del mago, los tres soldados presentes apuntaron sus armas a los cautivos. Philippe vio dos ojos negros y fríos exclusivamente enfocados en él. Una nueva sensación, era. Si salía vivo de esta, sabía que no tardaría en experimentarla otra vez.

No importa cuánto se esfuerce, Armand es un hombre que no puede dormir su miedo. Hablará, pero antes de eso es importante que la moneda sea arrojada. No hay otro momento.

Decidió hablar.

— René Floissard. — El nombre sonaba a bilis en su boca, pero logró mantener la serenidad que necesitaba demostrar. — Nos enteramos de su ascenso, por lo que le trajimos un regalo que esperamos sea de su agrado. Hay suficiente también para sus amigos extranjeros, de modo que nadie tendrá motivos para estar triste.

— Tenía la idea de que eras el tipo de hombre que pone la vida de sus compañeros por delante de la suya propia. ¿Tanto miedo te da la muerte, Philippe? — Incluso Armand lo miraba incrédulo. — Abran las puertas de ese camión. Pero tengan cuidado, lo único que siempre hay que esperar de este tipo es que intentará metérsela de una manera u otra.

Un pequeño compartimiento era lo que esperaba del otro lado de las puertas de acero. Completamente a oscuras, pero lentamente iluminándose por las luces de la calle. Cuando alumbraron lo suficiente, todos descubrieron que lo único que vivía allí era un barril de madera, inmóvil como una especie de estatua guardiana, envuelta en cordones que la apresaban. Hedía como nada en el mundo, y desprendía un fuerte olor agrio que penetró fosas nasales y arrugó ceños alemanes. Los ojos rojos del mago se convirtieron en relámpagos de horror cuando divisaron a los soldados acercarse al dios dormido con la intención de develar su tesoro.

— ¡Aléjense de ahí! — advirtió, con la voz por primera vez escapando de su control. — ¿No lo huelen, idiotas? Es un Nido de Salamandras. Si esa cosa llega a estallar ni Dios va a poder reconocernos. — La expresión de Philippe debió de serle especialmente molesta para regalarle otra patada. — Cuando dije que me hacía una idea de lo que querías hacer pensaba que tu límite eran los explosivos comunes y corrientes. Veo que me equivoqué. Era de esperar que la asquerosa mano de los Makiri llegue tan lejos.

— ¿Qué hacemos con la sustancia mágica, señor? — preguntó uno de los soldados. Su mirada, alternada entre el miedo y la furia, fija en el líder revolucionario, quien le sonreía con socarronería.

— Viendo los extremos que está dispuesto a tomar nuestro amigo, voy a asumir que la sustancia ya se activó, y espera la hora indicada para hacer efecto. Como lo preguntaste, te doy control de ese camión. Llévalo hasta el río y, con cuidado, vas a deshacerte del barril. De esa forma cuando estalle no tendremos nada de lo que preocuparnos.

Acatando la orden, el soldado no tardó en poner en marcha el vehículo.

Ahora las cosas dependen de ti, Jean.

— S-señor, yo...

Con un gesto despectivo, el mago silenció las súplicas de Armand. Concentró su atención otra vez en Philippe, a quien veía superado en todo ámbito ahora.

— Todo esto que hiciste por un solo hombre — se burló, — sería un destino muy cruel el que te depararía si no llegases siquiera a encontrarte con el hombre que tanto desprecias. Te llevaré con él, no como un gesto de respeto, sino porque, justamente, quiero que veas que Floissard está una liga entera por delante de ti.

Es un lugar hermoso, pensaba Philippe a medida que recorría los enormes pasillos del Palacio Borbón. ¿Se bañará con mi sangre, tal vez?

No podía saberlo. Solo que se encontraría al enemigo esperándole. Debía encontrar las palabras adecuadas para tal momento.

Luego de llegar al salón de conferencias, en la gran mesa de madera que atrapó su mirada, René Floissard estaba ubicado exactamente en el centro, rodeado de rostros enemistosos con el recién llegado terrorista revolucionario; palabra que este podía leer sin dificultad en sus pétreos semblantes. No podía diferenciar compatriotas de invasores, pero sí veía una figura inusual dentro del grupo, que si no destacaba por su vestimenta lo hacía por su apariencia, tan fuera de lugar como lo que usaba para cubrir su cuerpo. Era anciano, con una larga cabellera canosa y una barba de igual color y longitud. En la arrugada cara lucía un fino bigote delgado al estilo oriental, cultura que recordaba mucho su armadura verde con marrón. Philippe no vio la enemistad en los ojos del viejo, pero de igual forma estaba intranquilo. En esos ojos tan oscuros como el carbón intuía algo mucho más peligroso. Tenía que prestarle atención, supo.

— He aquí una de las ratas gordas que ha estado comiéndose sus cultivos — dijo el mago al grupo de hombres en la mesa.

René Floissard era un hombre de aspecto corriente en una posición que no lo era. Su cabello, alternado entre el negro y el gris, hacía juego con su vestimenta formal. Sus ojos sin embargo, igual de grises, no dejaban entrever una sola emoción. No había palabra que quisiera compartir con el mundo, solo un mutismo juzgante. Philippe distinguía el cansancio en la mirada que penetraba la suya, más por inercia que por un verdadero interés. Cuando se fijó en Armand vio exactamente lo mismo. No llevaba ninguna expresión que esperaba, y eso le enfurecía todavía más.

¿De verdad es capaz de sentir tanta indiferencia?

No estaba dispuesto a tolerarlo.

— ¿Qué se siente cagarte en tu pueblo y aceptar las sobras de tus nuevos amos, Floissard? No te veo muy charlatán, ¿se olvidaron de poner los hilos sobre tu boca?

Para sorpresa de Philippe, René Floissard le demostró que, aún siendo una marioneta, sabía dar forma a sus propias palabras. Habló con exasperante monotonía.

— Puede dejar libre al señor Armand en este momento, señor Einzbern. Por favor dé la orden a sus soldados.

Con un gesto de la cabeza del mago nazi, Armand se vio libre del frío ojo asesino de la pistola. Su enorme cuerpo se levantó y pasó a convertirse en el último enemigo de Philippe Rouxel esa noche.

— De ti sin embargo la traición la veía venir — dijo al gordo, por fin libre de regalar libertad a sus comentarios. — Tu mujer debió de haberte puesto los cuernos. No hay forma de que tengas un hijo que haga frente a esta escoria mientras tú les besas el culo.

— Mi hijo no va a convertirse en un iluso que desperdicie su vida — sentenció Armand, poniendo fin a la relación con quien fuera su compañero. — El mago no me dio la oportunidad de decir esto antes — dijo esta vez a Floissard, — pero dentro del camión se suponía que debía haber una segunda persona. Estaba en el compartimento trasero poco antes de que llegaran los soldados. Al abrir la puerta no vimos nada, pero estoy seguro que hay una explicación. Tienen que encontrarlo, o habrá consecuencias tarde o temprano.

Vamos, Jean. Date prisa.

— No será necesario hacerlo — respondió el senador. — Archer ya se encargó de eso. Reportó un intruso en las intermediaciones, del que ya se encargó. ¿No es verdad?

— Es lo que dije, Master — respondió el anciano de ojos negros. Una jovial sonrisilla perlabo su rostro.

Philippe sabía que era para él incluso sin que hubiera sentido los ojos negros sobre su petrificado cuerpo. La comprensión llegó casi tan rápido como el escalofrío, consecuencia del miedo que, al fin, despertaba de su largo descanso.

Es un Servant. El jodido Floissard se hizo con un Servant.

Contra eso supo que no importaba lo que la Resistencia hiciera, no tendrían ninguna oportunidad. Esperaba la traición de Armand, estaba incluso preparado para la aparición de magos nazis, pero nada le habría hecho creer que un Servant, tesoro tan raro y preciado, estaría morando en su propia ciudad ya condenada. Sentenciando su propia caída, ni más ni menos. Jean podía aparecer ahora mismo con refuerzos y de nada serviría. Dudaba incluso que su magia de invisibilidad sirviera de algo. No contra el viejo de ojos negros. ¿Qué podía hacer Philippe ahora sino disculparse con Francia?

De verdad hice lo que pude. Ojalá aparezca alguien que lo haga mejor que yo.

Cerró los ojos esperando el final.

Los abrió de nuevo al sentir la vibración del suelo y la potente explosión que le aconteció.

El furioso clamor destructor se expandió por las paredes del Palacio, derribando cuadros, lámparas, columnas y techos. En un segundo, el edificio iluminado por nada más que luz artificial se vio invadido de ardiente luz de fuego.

— ¡¿Qué está pasando?! — exclamó por única vez el robótico ser humano llamado René Floissard.

Fueron sus últimas palabras, y la sorpresa la primer y última emoción que dejara entrever su rostro corriente. Se llevó las manos al cuello, que no tardaron en mancharse de rojo. Se desplomó en el suelo con esa pose final, luchando apenas un segundo más por quitarse la flecha que, sin previo aviso, vino a impactarse sobre él.

¿Salamandras? Pero el Servant...

Los supervivientes enseguida llevaron los impactados ojos al Servant asesino. La imagen de un anciano vestido de verde con un arco en la mano fue lo último que vieron algunos antes de unirse a Floissard. Otros, más sensatos que valientes, optaron por la huida ahora que todavía disponían de tiempo antes de que el edificio se calcinase por completo.

El mago nazi no fue uno de ellos. Philippe vio sus ojos carmesíes brillar tanto como el fuego devorador que lentamente se les acercaba. Ardía por dentro, comprendió.

Floissard lo nombró Einzbern. Esa es la familia que tiene control sobre los nazis. Son los que empezaron esta guerra.

Demostrándole la salvajía de la que se contaba que poseían, el mago descargó su magia contra el arquero, sin duda sabedor ya de que un Servant traidor es un peligro que debe tratarse inmediatamente. El cebebro de Philippe gritaba que se pusiera en marcha y salvara su vida, pero su corazón le instaba a prestar atención a la lucha, pues era una amante exigente y fiera a la que no convenía contrariar.

El Einzbern reflejaba claramente la ira en su rostro, pero no era ningún joven inexperto. En el momento en el que el combate empezó, utilizó sus habilidades para crear una especie de escudo compuesto por gases rojos, formando una media esfera, cuya cara siempre estaba en la dirección que mirara el mago para evitar la lluvia de flechas que le caía. Esto probó ser efectivo durante un par de minutos, hasta que el Servant decidió armarse de audacia y extrajo de su funda un dao, sable tradicional chino que se caracteriza principalmente por la curvatura de su hoja. Veloz como un relámpago, el sable hizo trizas de un solo golpe una gran parte del escudo mágico. Los fragmentos cayeron al suelo, acompañados de una maldición de parte del joven mago.

Es bastante hábil en el combate a distancia, pero fue con su espada que destruyó ese escudo. ¿Será que hay Servants con más de una destreza?

Las llamas de a poco iban cobrándose más cantidad de espacio. Pronto lograrían entrar al salón, donde ya nadie tendría tiempo de luchar u observar. Humo ya comenzaba a invadir.

Cuando las Salamandras lleguen va a ser imposible despistarlas con este calor. Estos dos saben que la batalla tiene que terminar en el siguiente movimiento.

Dio unos pasos más atrás, buscando encontrar un punto de vista libre de humo para distinguir los momentos finales de la lucha. Su cerebro, mientras tanto, seguía desesperado por hacerle entender que ganase quien ganase, su vida seguiría en peligro. Siempre le hacía caso, y deseaba escucharle de verdad, pero era una oportunidad tan única...

— ¿Por qué no miras tú también, Armand? — le preguntó tras distinguir sus sollozos de pavor. — Dale a tus ojos un momento para apreciar algo que no se repetirá jamás.

Solamente volteó la cabeza un solo segundo para confirmar que Armand seguía con él. Vio que una flecha se había clavado en su carnosa pierna, y luchaba por sacársela.

— La explosión... — jadeaba, — las Salamandras... se suponía que

— El barril era falso — respondió con una sonrisa que no podía ocultar. Eso había sido idea suya. — El único contenido ahí dentro era una mezcla hedionda de hierbas y frutos triturados. Algo que se asemejara al olor de las Salamandras soviéticas. El verdadero explosivo lo llevaba otro camión. Jean y yo solo éramos una distracción para ti. Jacques nunca iría por nosotros tampoco.

— P-pero Jean... él.. él no estaba ahí...

— Jean es un idiota, pero si lo queremos en el grupo es porque es un idiota útil. Tiene conocimientos de magia. Básicos apenas. Algo que extrajimos de unos soldados una vez. Resulta que tiene cierta destreza para jugar un poco con las fuentes de luz, dando la sensación que es invisible. Por eso no lo vieron. Ni bien abrieron las puertas del camión él se escabulló y contactó con nuestro otro grupo, que activó la sustancia.

Aunque contaba con que irrumpieran en el Palacio y me sacaran de aquí... ese cambio en los planes... ¿cosa del Servant?

Regresó al espectáculo tras considerar a Armand un caso perdido. Finalmente el tiempo de espera le prometió lo que tanto había deseado. El mago Einzbern canalizó su magia en sus manos, técnica común que había visto que empleaban los de su clase, y liberó la energía en forma de un potente rayo pálido. Pretendía destruir la cabeza del espíritu, único punto que aseguraba la muerte rápida, pero en su lugar y dada la agilidad de Archer, el ataque impactó en uno de sus costados, bajo la axila izquierda. El anciano profirió un quejido adolorido tras la quemadura pero no bastó para impedir su movimiento. Valiéndose del dao, lo arrojó como si fuera un boomerang, consiguiendo destruir otra parte del escudo mágico, cortando parte del brazo del Einzbern en el proceso. Aprovechando ese reflejo involuntario de llevarse la mano sana a la herida, Archer retomó el uso del arco, y con una flecha perforó el corazón del muchacho, matándolo al instante. No terminó de caer al suelo cuando el Servant se puso en movimiento nuevamente, recuperando su arma y luego adentrándose en el humo. Regresó un segundo después, yendo hacia Philippe con un objeto en mano, el cual le arrojó.

Una pistola, comprobó este al atraparla. Seguramente de uno de los soldados abatidos.

— No voy a poder darte una pelea como esa, si es lo que estás buscando de mí — dijo al espíritu.

La misma sonrisilla jovial se le dibujó en el rostro al Servant.

— Teníamos una ley muy estricta con los traidores en mis tiempos — comentó, — muéstrame si en estos que corren ahora es la misma ley.

No hizo falta que dijera más nada. Philippe ya le comprendía. Caminó hacia Armand, quien seguía luchando con la flecha en su pierna. Este volvió a mirar a la cara al frío ojo negro de la muerte.

— Ph-Ph-Philippe... p-por favor... solo buscaba mantener segura a mi familia.

— Y ahora será nuestro turno, Armand. Les diremos que caíste en combate contra los invasores, como respeto por el amor que han de tenerte. No hace falta ya que sigas luchando contra el miedo, podrán dormir.

Acto seguido disparó, aterrando al Palacio Borbón una última vez con otra explosión que retumbó por las paredes.

Si le disparé fue para evitarle el horror de ser devorado por una Salamandra. Es todo lo que podía darle.

— ¿Qué pasará ahora? — preguntó al Servant.

— Ahora te apartas — sentenció, antes de darle un empujón.

Apuntando a uno de los muros, Archer concentró su energía mágica, y como hiciera su oponente muerto, la canalizó en una de sus flechas. Cuando la arrojó, esta destruyó por completo el muro que impedía su salida. Tomó a Philippe del brazo y saltaron al vacío. Durante la caída, mareado por efectos del humo, el parisino creyó distinguir una muchedumbre que aguardaba afuera. Oía sus festejos, sus silbidos. Creyó ver a Jean, a Jacques y a todos sus compañeros. Coreaban y vociferaban.

— ¡Francia está a salvo! ¡Francia tiene un Servant!

Creyó escuchar antes de cerrar los ojos.

PENTAPHOBIA

PRIMA: LA CARNE DE GALLINA

A sus nueve años, era la primera vez que Amanda se quedaba sola en casa por la noche. Unos amigos habían invitado a sus padres a cenar, y ella no quiso ir por mero aburrimiento. Ya no había querido ir la vez anterior, pero sus padres no la habían dejado quedarse sola. Sin embargo, pese a haber pasado solamente unos meses, aquella vez accedieron. Quizás porque comprendieron que volver a pasar una cena escuchando líos sobre política era demasiada tortura para la niña.

Era comprensible que su madre tuviera miedo de dejar a la niña sola: vivían en una casa de campo, alejados del pueblo, y los vecinos más próximos estaban a dos kilómetros. Por ello, antes de irse, la mujer le repitió una docena de veces todo lo que tenía que hacer.

—Cierra con llave y no abras a nadie. Absolutamente a nadie. Cena y acuéstate pronto, y deja las luces de la planta baja encendidas cuando te vayas a acostar. Si tienes miedo deja que Blacky entre en casa. No, creo que mejor deja que entre directamente, así te guardará...

—Mamá, tranquila —interrumpió la niña, cansada de escuchar lo mismo durante media hora—. Blacky dormirá fuera, en su casita como siempre. No te preocupes tanto, que solo os vais por unas horas.

—Pero, cielo...

El padre bajó las escaleras en ese momento, con la chaqueta colgando del brazo y la cartera en la mano.

—Fina, cariño, Amanda es una niña muy responsable, sabrá ir con cuidado, ¿verdad que sí, cielo?

La pequeña asintió sonriendo, agradecida por la intervención salvadora de su padre.

—Id tranquilos, que no me pasará nada. Cenaré y me meteré en la cama a leer algo. Vosotros pasadlo bien.

La mujer respiró, resignada.

—Está bien, Amanda. Pero si tienes algún problema nos llamas en seguida, ¿vale? ¿Te acuerdas de...?

—¡Que sí, mamá! —exclamó, por no llamarle pesada—. Id de una vez.

Así, aún preocupada, la madre le dio un abrazo y un beso en la mejilla y salió de la casa tras su marido, quien le había guiñado previamente el ojo a la niña. Al parecer, fue gracias a su intervención que Amanda pudo evitar ir a la aburrida cena de amigos.

Una vez el coche se hubo alejado lo suficiente como para no escuchar el ruido de su motor, la pequeña se quedó unos instantes quieta, escuchando el silencio y mirando la oscuridad que pronto terminaría por cubrir el cielo. El tic-tac del reloj, el viento silbando entre las hojas del árbol de la entrada, el eco del cacareo de una gallina al otro lado de la finca, un ladrido esporádico de Blacky, el perro guardián... Comenzó a pensar que quizás una noche de aburrimiento con los amigos de sus padres habría sido mejor que quedarse sola en casa.

Sacudió la cabeza, intentando desechar cualquier atisbo de miedo que pudiera provocarle la repentina soledad, y se sentó en el sofá. Era pronto para cenar, así que se lo tomaría con calma. Encendió la tele y de pronto se sintió mucho mejor. Es curioso el efecto que produce la televisión o la radio, el ruido en general, en las personas. Siempre y cuando sea un ruido agradable, conocido y que sepamos bien a ciencia cierta de donde procede. Porque, escuchar el viento mecer las hojas la había atemorizado un poco, sin embargo la música del conocido concurso de caer por las trampillas y el aplauso del público le hizo olvidar casi inmediatamente que estaba sola.

Cambió de canal. Le aburría aquel concurso. Gente tonta capaz de acertar las palabras más difíciles pero fallar las más absurdas (como aquel que no supo responder que el amigo de Sven, el reno de Frozen, se llama Kristoff, ¿cómo es posible que haya alguien sobre la faz de la tierra que no se sepa los nombres de los personajes de Disney? ¡Qué vergüenza!). Dio con un canal en el que daban una serie de policías. Normalmente sus padres no le dejaban ver ese tipo de series, "son para mayores de doce años, aún eres muy pequeña". Por un momento estuvo tentada a cambiar y poner algún canal de dibujos, o incluso poner una peli de Barbie (a qué negarlo, le encantaban esas pelis), pero se lo repensó: estaba sola, sus padres no se enterarían si había visto o no algún programa prohibido. Así que dejó el mando a un lado y se quedó mirando embobada al científico de barba blanquecina que en ese momento descuartizaba un cadáver mientras hablaba en términos que ella desconocía totalmente. Le dio algo de grima verlo meter los dedos por debajo de las costillas del tórax abierto del fiambre para levantarlas y señalar el pulmón mientras hablaba con una mujer rubia. Sin embargo, resultaban interesantes esas palabras, la forma en que a pesar de ser un muerto podían averiguar incluso lo último que había visto. Quizás no sería mala idea plantearse estudiar algo de eso.

Le estaba empezando a entrar hambre, así que fue a la cocina a por la cena. Su madre había hecho pollo asado para comer del que todavía quedaba un muslo. Lo cogió con una servilleta envuelta en el hueso, dispuesta a comérselo frío, y cogió también una bolsa de patatas fritas a medio terminar, unas natillas de chocolate y una bolsa de chuches que guardaba del último cumpleaños al que fue. Lo puso todo en una bandeja en la que añadió también una botella de coca-cola a la que le quedaba menos de la mitad y, con todo ello, volvió al salón, lo puso sobre la mesita de café y se sentó en el suelo. Hubiera preferido el sofá, pero si lo manchaba se llevaría una buena regañina.

Una hora después, Amanda se había casi terminado el arsenal de comida. Estaba tumbada sobre la alfombra comiendo chuches de la bolsa con parsimonia. La serie de policías continuaba, esta vez con otro capítulo sobre una mujer asesinada en una habitación de hotel.

La mitad de las palabras le sonaban a chino, pero iba captando su significado por el contexto. De pronto, sin venir a cuento, le vino algo a la memoria.

—¡Jolines! ¡Tenía que vaciar el cubo de comida esta tarde!

Con el cubo de la comida se refería al cubo donde echaban las sobras para echar al gallinero, tales como lechuga, peladuras, cáscaras...

Miró por la ventana. Había oscurecido y fuera no se veía absolutamente nada. Tragó saliva y pensó en no vaciarlo, pero ya llevaba dos días sin acordarse, era su tarea y su madre la reñiría si al día siguiente veía otra vez el cubo sin vaciar. Y no le gustaba ver a su madre enfadada.

—En fin... Qué remedio.

Se levantó y aprovechó para llevarse todo lo de la cena a la cocina. Abrió las puertas del fregadero donde guardaban tanto el cubo de la basura como el de los restos de comida, y tiró en uno la bolsa de patatas fritas y la botella de cola y en el otro echó el hueso del muslo de pollo que se acababa de comer. Usualmente los huesos iban directos a Blacky, pero estaba tan preocupada pensando en el miedo que le daría salir a oscuras que lo tiró por inercia al cubo de la comida. Lo cogió por el asa y volvió a mirar por la ventana.

A parte de la luz de la entrada, el camino que llevaba hasta el corral de las gallinas se perdía en la oscuridad. No le apetecía nada salir a esas horas, pero era eso o volver a ver a su madre enfadada. Tras sopesar de nuevo las dos opciones suspiró para armarse de valor.

Abrió la puerta y tragó saliva antes de poner un pie en el exterior. De pronto el ruido de una cadena la sobresaltó. Miró hacia donde había escuchado el ruido y vio a Blacky, el enorme perro guardián negro, mirándola con los ojos brillantes.

—Blacky... Me has asustado, grandullón.

El perro no se movió. Seguía mirándola fijamente, tal vez percibiendo el olor del hueso de pollo que venía del cubo.

El viento aulló entre los árboles. Se había levantado una de las típicas ventiscas de otoño, y las ramas se mecían como brazos intentando asustar a la niña. Parecían fantasmas a punto de echarse encima. Estuvo tentada de volver a entrar, pero tragó saliva para coger valor y caminó a paso rápido hasta el corral de las gallinas.

Tras dejar la seguridad de la luz sus ojos se habituaron a la claridad de la luna. Sin embargo, ver todas las siluetas negras, sin poder distinguir si lo que tenía a sus lados eran las piedras del camino o seres esperándola al acecho, le hizo coger todavía más miedo, así que apretó el paso hacia el corral.

Miró a través de la rejilla. Las gallinas ya estaban durmiendo, algunas sobre las ramas bajas del limonero, otras sobre unas casitas que usaban para esconder en ellas sus puestas. Sin embargo había una que seguía despierta. Era extraño, las gallinas se van a dormir temprano, con la puesta de sol, de ahí el dicho de "irse a dormir con las gallinas". Amanda no reparó en

aquel pequeño detalle. Demasiado ocupada estaba intentando controlar el miedo. En otro momento habría entrado y echado la comida un par de metros más adentro, pero aquella era una situación especial. Quería ahorrar tiempo. Así que levantó el cubo por encima de la rejilla y vació el contenido dentro del corral.

La gallina que seguía despierta la miró un instante y luego se fue corriendo a comer, directa al hueso de pollo.

La niña se la quedó mirando, olvidando por un instante el miedo.

La gallina levantó la cabeza tras picotear el hueso.

Sus miradas se encontraron.

Los ojos de la gallina brillaron.

Un trueno a lo lejos le devolvió el miedo a Amanda. Sin más, echó a correr hacia la casa, cubo vacío en mano. El miedo se había apoderado por completo de ella. Ahora las piedras realmente parecían seres extraños queriendo hacerla tropezar y los árboles movían sus ramas intentando echársele encima. Al verla correr, el perro empezó a ladrar desesperadamente tirando de la cadena, lo cual le asemejaba a un fantasma intentando perseguirla.

No se sintió segura hasta que no hubo entrado en casa y hubo cerrado con llave.

Se apoyó en la puerta, jadeando, intentando recuperar el aliento...

¡BANG!

Miró hacia su izquierda con la cara pálida.

"¡Estás detenido! ¡Se acabó!"

—Joder, la tele...

Cogió el mando a distancia y la paró. Suficiente había tenido con el paseito nocturno como para seguir viendo muertos descuartizados.

Fue a dejar el cubo bajo el fregadero, canturreando para alejar el miedo que aún sentía en el cuerpo, y decidió que ya era hora de meterse en la cama. Allí bajo las sábanas se sentiría más segura que en el resto de la casa.

Subió las escaleras hacia el baño. No apagó la luz del piso inferior, tal y como su madre le había recomendado. Se lavó los dientes con rapidez (había comido muchas chuches y si algo le daba miedo era tener que ir al dentista por una caries) y se dirigió a su cuarto. La luz del pasillo también la dejó encendida. Apagaría la de su cuarto ya que le molestaba la luz para dormir, pero no quería ver oscuridad absoluta tras el susto anterior.

Se puso el pijama sin dejar de canturrear. Sin embargo, el miedo no se disipaba del todo. Se sentía observada. Los ojos de la gallina mirándola se le habían quedado grabados. Miró hacia la

ventana. Estaba abierta de par en par y no se había dado cuenta. El viento se metía por ahí moviendo las cortinas a su antojo. Era común en ella dormir con la ventana abierta los meses de más calor, pero aquel día no era precisamente bueno para ello, tanto por el viento que hacía como por el miedo que había pasado, así que cerró las persianas exteriores, las vidrieras y las cortinas. No le apetecía nada ver la oscuridad del exterior.

Se tumbó en la cama y apagó la lamparita. Había dejado la puerta de la habitación lo suficientemente abierta como para dejar pasar la luz sin que los objetos de su cuarto quedaran iluminados de forma rara.

Dio un par de vueltas en la cama. El miedo no se iba. Volvió a encender la lamparita para ver la hora. Solo eran las diez, sus padres estarían cenando todavía.

—Papá, mamá, volved pronto...

Apagó de nuevo la luz y cerró los ojos intentando pensar en cosas bonitas. Quizás en la última peli de Barbie que había visto, aunque ya tenía sus años. Moda mágica en París. Empezaba con Barbie interpretando a la princesa del guisante. La princesa se tumbaba sobre una cama a la que había que acceder por una escalera debido a la cantidad absurda de colchones que tenía. Entonces se dormía cuando de repente... Unos guisantes gigantes con patas aparecían de la nada, con ojos rojos y dientes afilados, y se le acercaban con ganas de comérsela.

Amanda se giró sobre sí misma. Mejor otra peli... A ver... ¿Mariposa? Mariposa era un hada mariposa a la que le dieron la misión de salir del Reino de la Luz para ir a buscar un antídoto para la reina, quien se estaba apagando. Sin la reina, el reino quedaría a oscuras y por tanto a merced de unos bichos enormes a los que les gustaba comer hadas mariposa. Por supuesto, al salir del reino se encontró con esos escarabajos gigantes que la perseguían sin descanso...

De repente escuchó un ruido fuerte y una ráfaga de viento entrando en su habitación. Se sentó en la cama de golpe mirando asustada hacia la ventana que se acababa de abrir. Tenía la cara sudorosa. ¿Por qué de repente se había abierto la ventana? Pestañeó, y tras abrir los ojos reprimió un grito de terror. Se encogió sobre sí misma, arrastrando las sábanas, en un intento de autoprotegerse.

Ante ella había aparecido una gallina. Una gallina gigante, con los ojos inyectados en sangre mirando fijamente a los suyos.



"NOS HAS DADO A COMER CARNE DE NUESTRA CARNE... VAS A MORIR... NOS HAS DADO A COMER CARNE DE NUESTRA CARNE... VAS A MORIR..."

Repetía la gallina una y otra vez con voz de ultratumba. Amanda estaba paralizada. No podía ser real. Aquello no podía ser real de ninguna forma.

"NOS HAS DADO A COMER CARNE DE NUESTRA CARNE... VAS A MORIR... NOS HAS DADO A COMER CARNE DE NUESTRA CARNE... VAS A MORIR..."

Seguía repitiendo el monstruo.

¿Qué había hecho la niña para que le pasara eso? ¿Por qué estaba repitiendo esas palabras la gallina? Con un gran esfuerzo retrocedió en el tiempo mentalmente para recordar todo lo que había hecho durante el día. Se había levantado, había desayunado viendo una serie sobre

una superheroína vestida de mariquita y luego había salido a jugar a su casita de madera hasta que su madre la llamó para comer. Había hecho pollo asado.

Entonces se dio cuenta: ¡el hueso de pollo! ¡Había tirado el hueso de pollo de la cena en el cubo que luego vació en el gallinero, en vez de dárselo a Blacky!

"NOS HAS DADO A COMER CARNE DE NUESTRA CARNE..."

La gallina gigante no paraba de repetir esas palabras, con su mirada penetrante clavada en ella. La pequeña intentó balbucear que no lo había hecho adrede, que había sido un accidente, que lo hizo sin pensar, pero no podía salir ni un sonido de su boca.

Y, de pronto, luz.

La niña se giró bruscamente hacia la puerta. Su madre estaba ahí, con la mano aún en el interruptor. Sus padres habían llegado a casa, por fin. Estaba a salvo.

—Cielo, te he dicho mil veces que no duermas con la ventana abierta en invierno...

Amanda se giró hacia la ventana. Estaba abierta, pero no había nada. Ni rastro de la gallina. Volvió a mirar a su madre. ¿Lo habría soñado? La mujer se acercó a su hija, quien estaba visiblemente agitada y empapada de sudor, y le tocó la frente.

—¿Estás bien? Pareces acalorada, pero no tienes fiebre.

—He... He tenido una pesadilla —susurró la pequeña, en cuanto pudo recuperar el aliento.

—Ya sabía yo que no era buena idea dejarte sola en casa... —apuntó la mujer, mientras se acercaba a la ventana para cerrarla—. No pasa nada, cariño, ya estamos aquí. No tienes que preocuparte de nada.

Volvió a acercarse a la niña y le acarició la cabeza con dulzura. Luego la recostó en la cama y la arropó.

—Duerme tranquila, mi niña, todo está bien.

Dicho esto, apagó la luz y salió de la habitación.

La niña se quedó a oscuras, pero no pudo tranquilizarse. No con lo que había pasado.

En el patio, Blacky gruñó. Había visto algo, justo debajo de la habitación de Amanda.

Era una gallina.

Estaba muerta.



¡GRACIAS POR LEERNOS!

El proyecto "*Monthly NU Jump*" tiene como objetivo principal reunir aquellas historias que los usuarios deseen compartir con los lectores agrupadas en un sólo sitio

¿TE GUSTARÍA PARTICIPAR?

Todos aquellos escritores que tengan intenciones de comprometerse a brindar una historia en los plazos establecidos para las publicaciones, podéis hacerlo, ¡visitad el hilo de la Monthly NU Jump en nuestro subforo de [Fanfics](#) para más información!

¡SÉ TAMBIÉN PROTAGONISTA EN LA NUVIÑETA!

¿Tienes un guión gracioso que te gustaría que fuese publicado a modo de NUviñeta? ¡Anímate! Pásate por nuestro subforo de [Diseño Gráfico Y Multimedia](#) para más información.